

PALABRAS PARA INDIGNADOS

Hacia una nueva revolución humanista



Cristina García-Rosales
Manuel Penella Heller

PALABRAS PARA INDIGNADOS

**HACIA UNA NUEVA REVOLUCIÓN
HUMANISTA**

Cristina García-Rosales
Manuel Penella Heller



DISEÑO DE CUBIERTA: CRISTINA GARCÍA-ROSALES
DISEÑO Y MAQUETACIÓN: CAROLINA PELLICER
FOTOGRAFÍA DE CUBIERTA: JULIETA PELLICER
www.julietapellicer.com

© CRISTINA GARCÍA-ROSALES, 2011
www.lamujerconstruye.org
nochesininsomnio.blogspot.com

© MANUEL PENELLA HELLER, 2011
incursionesintempestivas.blogspot.com

© MANDALA EDICIONES, 2011
C/ TARRAGONA 23
28045 MADRID (ESPAÑA)
TEL: +34 91 467 85 28
www.mandalaediciones.com

I.S.B.N: 978-84-8352-457-2
DEPÓSITO LEGAL:
IMPRIME: PUBLIDISA

SE PERMITE Y SE ACONSEA LA COPIA, FOTOCOPIA,
DUPLICACIÓN, PIRATEO, REPRODUCCIÓN Y DIFUSIÓN
DE ESTE LIBRO O DE CUALQUIER PARTE DEL MISMO,
EN CUALQUIER FORMATO Y EN TODO EL PLANETA.

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
I. LA REVOLUCIÓN DE LOS MUY RICOS	19
II. UNOS PERFECTOS INMORALES	31
III. LA DURA REALIDAD	45
IV. TRES MOVIMIENTOS HUMANISTAS, TRES EJEMPLOS	53
V. A VUELTAS CON EL LIBERALISMO	65
VI. EL HUMANISMO DEL SIGLO XXI	73
VII. LA MORAL HUMANISTA	81
VII. EL FEMINISMO NECESARIO	87
IIIX. INSTRUMENTOS DE LA REVOLUCIÓN HUMANISTA	95
1. La palabra.	95
2. La resistencia activa no violenta.	96
3. Textos fundamentales.	98
4. Realismo humanista.	100
5. Anti-neoliberalismo económico.	101
6. La acción política.	103
7. Internacionalismo y multiculturalismo.	108

8. El amor como motor de paz y unión global.	109
9. El uso cívico del espacio público.	112
10. El decrecimiento.	116
11. Las nuevas tecnologías e Internet.	118
12. La educación.	119
13. El cuidado de nuestro planeta.	121

Anexo I.

Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948)	125
--	-----

Anexo II.

Declaración de los Derechos del Niño (1959)	133
---	-----

Anexo III.

Propuestas del 15M	137
--------------------	-----

PRÓLOGO

Si no vivimos como hermanos, moriremos como locos

Martin Luther King

Escribir un libro a cuatro manos es toda una aventura a la que no hemos podido sustraernos, a pesar de su complejidad. Tenemos la sensación de que es importante aportar algunas reflexiones ante la indignación actual generalizada. Y esto es lo que vamos a intentar.

Estamos viviendo un momento histórico convulso. La sociedad a la que pertenecemos está siendo abofeteada por el poder económico de una manera que va más allá de lo permisible. Más adelante explicaremos el por qué y el para qué de la situación a la que nos tienen sometidos.

El descontento es evidente. Jóvenes sin trabajo y sin futuro, mayores sin esperanza, clase media, trabajadores, emigrantes, artistas, profesionales y un largo etcétera, vemos con horror como nuestros derechos sociales, por los que hemos luchado tantos años, se van a pique. Entre ellos, los más sig-

nificativos (que recoge la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948), como son el derecho al trabajo, a una vivienda digna, a la educación y a la sanidad, públicas y gratuitas, a la jubilación o a la igualdad, están peligrando para muchas personas, y lo que es peor, para otras ya han dejado de existir.

Los recortes se suceden cada día en los países de la vieja Europa. Países inicialmente unidos para llevar a cabo el sueño de una comunidad no sólo económica, sino también política y solidaria. En EEUU hace años que muchos de estos recortes se han llevado a cabo, en lo que se refiere a distintos servicios públicos, a la educación o la sanidad, privatizándolos e impidiendo, por tanto, su universalización. En otros lugares, atrapados por la globalidad perversa de un capitalismo salvaje, los recortes son menores porque los derechos también lo son. Así sucede en China, en algunos países de Latinoamérica, del Norte de África o en Rusia, entre otros.

El paro y la falta de horizontes, a medio y a corto plazo, unidos a una extendida sensación -que flota en el ambiente- de sentirnos estafados tanto por la clase política como por el poder económico, ha derivado en nuestro entorno próximo hacia una gran indignación, impulsada, en parte, por la lectura del libro *¡Indignaos!* del militante político francés Stéphane Hessel.

Lo que posiblemente se esperaba de nosotros era que nos quedáramos de brazos cruzados, dejándonos esquilmar por los especuladores y por los mercados, culpabilizar y amedrentar por los políticos y manipular por los medios. Pero la historia nos enseña que, más tarde o más temprano, el oprimido siempre se rebela ante la injusticia. Y así lo estamos haciendo.

Es importante tomar medidas globales más allá de la indignación, con responsabilidad y coraje. Eso lo sabemos todos.

Medidas que transformen nuestra sensibilidad y pongan límites necesarios a los enemigos de la humanidad y del hermoso planeta en el que habitamos. Y que unan, en un movimiento humanista, a personas de buena fe de todas partes del mundo en contra de la injusticia y a favor de la verdad.

Pero antes de pasar a limpio algunos apuntes que, a nuestro entender, puedan servir de base a esta respuesta global, deseamos explicar brevemente lo que nos ha incitado a ponernos manos a la obra.

Un soplo de energía nació en la Puerta del Sol de Madrid hace tan sólo unos meses, concretamente el 15 de mayo de 2011. Rápidamente se ha extendido a otros puntos de nuestra geografía y, fuera de ella, a otros países con una problemática similar. Jóvenes inteligentes, responsables y preparados -intelectual y humanamente hablando-, junto con parados, idealistas, descontentos, gentes afectadas por el pago de las hipotecas y una gran mayoría de ciudadanos solidarios y comprometidos, han sido capaces de aunar sus esfuerzos y dar una respuesta distinta a otros movimientos del pasado. Han salido a la calle clamando pacíficamente por una DEMOCRACIA REAL YA. Estamos hablando de la *Spanish Revolution* o del Movimiento 15M. Nuestros hijos, mal llamados por algunos la “generación perdida”, están consiguiendo encontrarse. Y no es por casualidad que reclamen un bienestar más allá de lo material y una democracia verdadera. Otra generación, la del 68, rompedora y combativa, que fue la nuestra, la de sus padres, les educó en estos principios éticos. Se comienza de nuevo a imponer la idea del “ser” frente al “tener”.

Nada es imposible. Las manifestaciones son lícitas y forman parte del sistema en el que nos desenvolvemos. Las protestas actúan de catalizadores que despiertan las conciencias,

creando un estado general de oposición ante un hecho determinado. Y, sobre todo, son importantes para que la clase política tome nota de este descontento.

En nuestro país, las últimas grandes manifestaciones fueron en contra de la guerra de Irak o del terrorismo. El Movimiento 15M ha superado en calidad, en tiempo de movilización y en emoción colectiva, a las celebradas desde hace más de 40 años. Con pacifismo o resistencia activa, una organización solidaria, ninguna consigna política y un espíritu que creemos único, exportable y diferente. *Espíritu que es necesario no sólo apoyar, sino enarbolar como bandera para que el mundo se transforme.*

Hijos de la ira ante la injusticia reinante pero con un fondo tolerante, participativo y solidario, los ciudadanos que forman parte del Movimiento 15M creen firmemente que existe un mañana distinto para todos.

Nosotros formamos parte del Movimiento 15M en cuanto a su indignación, muchas de sus creencias y propuestas, modos de entender la realidad que les rodea y la esperanza firme que los problemas que hoy vivimos tienen solución. Con nuestras dudas también, y nuestras complejidades personales, en cuanto a que pertenecemos a otra generación más madura, lo que no significa sea más sabia. Sí, más experimentada. Por eso escribimos este libro, con el ánimo de plasmar sobre el papel algunas ideas que puedan servir como punto de partida. Desde el conocimiento y desde nuestra experiencia.

Pero vamos a alejarnos por unos momentos a vista de pájaro, para observar a los que forman parte del Movimiento 15M. Y así poder enumerar, con la objetividad necesaria que da la distancia, sus características, que son algunas de las que siguen:

- Abogan por el pacifismo y por la “no violencia activa”, haciendo suyo el más puro estilo de M. Gandhi. Son partidarios del diálogo y de la negociación, contrarios a las guerras y al enorme presupuesto utilizado por los gobiernos para su gasto militar.

- Son independientes de cualquier formación política o sindical, aunque se aproximan a un pensamiento ligado al progresismo. No se definen a favor de ninguno de los partidos existentes, considerándolos, hoy por hoy, instrumentos al servicio del poder económico. Tampoco tienen voz única, huyen de los personalismos y asumen sus contradicciones.

- No se consideran anti-sistema. Tal como dicen ellos, “el sistema es anti-nosotros”. Es decir, desean conservar los beneficios sociales del llamado estado de bienestar que ahora se están desmantelando. Responsablemente abogan por introducir los cambios necesarios para recomponerlos, a través de las vías democráticas existentes. En este sentido, se han dejado aconsejar por economistas y abogados, para llevar sus reivindicaciones al poder político por los cauces correspondientes. Hay que decir que, en general, los políticos les han ignorado. No así muchos medios, haciéndose eco de sus actuaciones y de sus propuestas.

- La fórmula que utilizan para la toma de decisiones colectivas, es la asamblea. Al principio, las asambleas se convocaron en las plazas donde se generó el Movimiento (la Puerta del Sol de Madrid, la Plaza de Catalunya de Barcelona o la Plaza de la Encarnación de Sevilla). Cuando se desalojaron las plazas, se las llevaron a los barrios. En las asambleas que siguen celebrándose, la palabra pertenece a cada ciudadano, como ocurría en la antigua Atenas. Todo aquel que lo desee, puede hacer uso de ella. Con vocación participativa y colaborativa, el Movimiento 15M se ha desarrollado en continua

discusión e intercambio de ideas y de pareceres. Los acuerdos finales se toman por consenso, no por mayoría.

- Reparten las tareas de trabajo gracias a una organización voluntaria que se concreta en distintas comisiones durante el tiempo de las acampadas. Las comisiones han sido diversas, tal como lo eran las necesidades y las acciones a emprender en esos momentos. Inicialmente eran siete: alimentación, comunicación, limpieza, infraestructuras, extensión, legal y coordinación interna. Más tarde se añadieron otras, como la de respeto. El grado de civismo y de solidaridad que se palpaba en los campamentos, tal como vimos los que estuvimos allí, merecería un libro aparte.

- Estas maneras de actuación provienen de los movimientos universitarios, okupas y artístico-sociales que han proliferado durante la última década en nuestro país. De los que no se han ocupado los diarios ni otros medios de gran difusión, pero que existen y se movilizan a través de la red. Uno de ellos, muy activo, es el movimiento universitario contrario al Plan de Bolonia. Este plan pretende convertir la enseñanza superior en un gran negocio empresarial a escala europea. Otro fue DRY (Democracia Real Ya) impulsor en gran parte, junto con otros grupos, de la convocatoria inicial.

- Poseen una gran capacidad de movilización gracias a la llamada web 2.0 de Internet, es decir, a las redes sociales, a los blogs y a los espacios participativos de la red. Internet se ha convertido en su herramienta básica, cómplice indispensable para difundir acciones y noticias, para comunicarse entre sí y para extenderse a otras partes del mundo.

- Son partidarios de la ocupación del espacio público transformándolo en ágora moderna, lúdica y colectiva. Entienden la ciudad como lugar de encuentro, de convivencia y de participación para la ciudadanía. Y no como fachada para

turistas ni espacio para el poder. Mientras forman parte del espacio público lo hacen suyo, porque suyo es. Ha sido ejemplar su actuación, como ya se ha dicho, en cuanto al cuidado y limpieza de las plazas, organización general y civismo. Una muestra de madurez que resaltamos, es el haber conseguido eliminar el alcohol en esos días de reivindicaciones, para evitar que se convirtieran los encuentros en grandes “botellones”.

- Poseen una enorme capacidad creativa e imaginativa, tanto en sus mensajes como en sus manifiestos. Han creado un lenguaje nuevo, una distinta forma de actuar. Reivindican una cultura libre, no competitiva, favorecedora del bienestar y de la felicidad de las personas.

- Son ecologistas por convicción. Creen que la única manera de salvar todavía a nuestro planeta es por el uso de las energías alternativas, del reciclaje, de la reutilización y de un equilibrio respetuoso e indispensable de las personas con la naturaleza. Entienden el término sostenibilidad más allá de la pura palabrería, en sus acepciones sociales, económicas y medio ambientales.

- Apoyan a movimientos de indignados de otros países y desean ampliar su espectro por medio de marchas, acciones y movilizaciones mundiales.

- Creen, en definitiva, que la economía debe de estar al servicio de las personas y no del mercado financiero y que es necesario cambiar el modelo político actual a otro más abierto con el que nos sintamos representados. Van a luchar, con las armas pacíficas que les da la sensatez, para que esto ocurra. Ellos lo llaman una nueva Transición.

A este movimiento, todavía corto en recorrido, es a quien nos dirigimos básicamente. Y a sus muchos simpatizantes, personas normales y corrientes de diversas edades, países, clases sociales, creencias y tendencias ideológicas, que por razo-

nes diversas no han querido o podido participar activamente en las acampadas o manifestaciones. Según una encuesta del diario El País son 8,5 millones de ciudadanos.

Hay muchas personas y grupos, de gran reconocimiento social, que también les han respaldado. Destacamos al escritor, lingüista y filósofo americano Noam Chomsky, al escritor y economista José Luis Sanpedro, a la escritora y periodista, Irene Lozano, al juez Baltasar Garzón, al ex fiscal anticorrupción Carlos Jiménez Villarejo, al catedrático de Ciencias Políticas y Sociales y periodista Vicenç Navarro, al filósofo, al escritor y profesor de Filosofía Carlos Fernández Liria, al comunicador y científico Eduardo Punset, al profesor y divulgador de “La Teoría del Decrecimiento” Carlos Taibo, al escritor uruguayo Eduardo Galeano o al economista estadounidense y Premio Nóbel de Economía, Joseph Stiglitz. También les han apoyado distintas personas del mundo de la cultura, fuera y dentro de nuestro país, como son las actrices Susan Sarandon y Penélope Cruz, el poeta y catedrático Luis García Montero, los cantantes Ana Belén y Víctor Manuel, los actores Juan Echanove, Inmanol Arias y Juan Diego Botto o los directores de cine Michael Moore, Isabel Coixet, Pedro Almodóvar y Santiago Segura. Así como tantos otros. En cuanto a grupos, señalamos a Ecologistas en Acción, Médicos del Mundo o ATTAC Madrid.

Este libro, por tanto, va dirigido a todos ellos, a los que forman parte del Movimiento 15M, a sus simpatizantes y a las personas de bien, humanistas de corazón, tolerantes y generosos, repartidas por todo el planeta. A quienes no entienden lo que está pasando o carecen de la información suficiente para poder analizarlo. Y a quienes se niegan a vivir desesperanzados, alienados o manipulados y presienten que en una unión global se encuentra la posibilidad de cambio.

Conscientes de la dificultad del desafío, hemos aprovechado las enseñanzas que nos otorga la historia para difundirlas en este manuscrito. Y también para exponer algunos conceptos, que pensamos razonables, y puedan servir de base para futuras acciones. Porque, tal como dijo Sitiglitz, en su visita al campamento del 15M, cuando estuvo en España este verano: “Va a ser una batalla muy dura, porque las malas ideas han dominado el discurso económico durante los últimos 30 años”.

Entendemos, por otra parte, a este libro como una obra abierta a la que cada cual pueda añadir los capítulos que falten y así animamos a hacerlo a los posibles lectores. De momento lo consideramos un borrador que sólo desea estimular a aquellos que pretenden recuperar sus sueños y reconquistar su dignidad perdida.

En Madrid, octubre de 2011

Los autores

I

LA REVOLUCIÓN DE LOS MUY RICOS

No se ha llegado al presente estado de cosas, tan indignante, de manera accidental o por una fatalidad histórica: hemos sido víctimas de una formidable operación de ingeniería social perpetrada a mayor gloria de los intereses de una ínfima porción de la especie humana. Dicha ingeniería es asunto de aprendices de brujo, pero todos nos hemos visto afectados, algunos hasta el punto de tomar como propia la causa de quienes sólo aspiran a reducirnos a la servidumbre.

La misma técnica que en su día transformó a los ahorradores norteamericanos en adictos al crédito, la misma que se empleó para hacerlos pasar, dos veces seguidas, del pacifismo al belicismo, ha sido utilizada para sentar las bases de un proyecto de dominación planetaria al servicio de una élite transnacional. La misma técnica, basada en la *propaganda*, potenciada al máximo con diversas formas de soborno y de chantaje. Todo para devolvernos a las coordenadas del *capitalismo salvaje*, a las que nadie en su sano juicio deseaba regresar.

Los que nacimos a mediados del siglo XX hemos experimentado en carne propia el extraño proceso, en forma de retrocesos e inmorales de difícil comprensión, incluidos los cambios de chaqueta de personas próximas. Los que nacieron después no han tenido ocasión de establecer comparaciones. Parece aconsejable, por lo tanto, empezar por un sucinto repaso histórico, en busca de las claves de lo sucedido, para saber a qué atenernos.

Debe quedar claro, para empezar, que lo que hicieron unos seres humanos, otros lo pueden deshacer. Si los codiciosos autores de esta jugada han logrado imponerse a golpes de talonario, nosotros les venceremos con el corazón y con buenas razones.

UNA ÉLITE ALARMADA

Hace casi cincuenta años, cuando los beneficios empresariales empezaron a decaer, cuando los Estados Unidos, atrapados en la guerra de Vietnam, tenían que vérselas con los primeros competidores serios -Alemania y Japón, libres de gastos militares-, saltaron todas las alarmas en el campo de la élite del poder norteamericana porque los indignados de entonces, lejos de conformarse con los bienes de la sociedad de consumo, *querían más libertad, más democracia y más justicia tanto en el orden interno como en el plano internacional.*

La facción más retrógrada de dicha elite hizo sus cálculos: sería imposible satisfacer las demandas populares y, al mismo tiempo, retomar la senda de los grandes beneficios. O lo uno o lo otro. Desde su óptica, el hecho de que la mitad de los estudiantes universitarios se mostrase partidaria de la socialización de las industrias básicas era algo aterrador, no menos que el pacifismo creciente, inseparable del propósito de redu-

cir el gasto militar. El lema “¡haz el amor y no la guerra!” amenazaba directamente los intereses del complejo científico-militar-industrial norteamericano, ya descrito por Eisenhower como un monstruo fuera de control. Ni falta hace decir que la facción retrógrada de la elite y el citado complejo son una y la misma cosa. El capitalismo americano es, según el sociólogo Charles Wright Mills, un engendro muy curioso, un capitalismo militar, por la colusión de los intereses militares y empresariales (de lo que hemos tenido sobradas pruebas en Afganistán e Irak).

Con motivo de las elecciones presidenciales de 1964, el Partido Republicano dio un espectacular bandazo hacia la derecha. La facción retrógrada logró imponer a su candidato, Barry Goldwater, un enemigo de los sindicatos, un fanático del libre mercado, un individuo alérgico a los pelos largos, a la minifalda, a la píldora, al rock y a los derechos de los negros, un hombre que prometía acabar con la guerra de Vietnam por medio de la bomba atómica. Fue de lo más sintomático que este partido diese de lado a Nelson Rockefeller, un moderado, y confiase en Goldwater, de antecedentes *maccartistas*¹, un personaje que sólo despertaba simpatías en la Sudáfrica del apartheid. Tras el asesinato del presidente Kennedy, era una nueva indicación de que algo grave estaba pasando en la trastienda del sistema.

EN PIE DE GUERRA

El demócrata Lyndon Johnson venció a Goldwater con facilidad en aquellas elecciones. Le bastó con la promesa de

¹Partidario de Joseph McCarthy, el responsable de la famosa “caza de brujas” de los años cincuenta.

dar un nuevo impulso al Estado social a la americana, a la Gran Sociedad, una sociedad inclusiva, centrada en la erradicación de la pobreza y en la elevación del nivel de vida.

Las soflamas retrógradas y neoliberales de Goldwater y de sus seguidores, entre los que destacaban el actor Ronald Reagan y el economista Milton Friedman, habían puesto en fuga a los votantes. He aquí la lección: los procedimientos normales no bastaban. *Para revertir el curso de la historia habría que hacer algo muy gordo*. La derrota de Goldwater sirvió de estímulo y no de correctivo a la facción más radical de la elite del poder².

Hoy sabemos de dónde salió el veneno: de los informes de Walter Lippmann³ y de Lewis P. Powell⁴. La causa Goldwater no se debía dar por perdida: se trataba de llevar a cabo una vasta operación de ingeniería social. *Había que hacer un uso masivo de la propaganda*, decía Lippmann, amigo de Edward Bernays, un experto en la materia⁵. Sin alarmar a nadie, había que vender un cambio de paradigma económico y social. Con la misma técnica que se utilizaba para vender jabones, había que destronar a Keynes, sacudirse de encima los acuerdos de Bretton Woods y todas las cargas sociales del período de posguerra.

Por encargo de la Cámara de Comercio, Lewis Powell escribió una especie de manifiesto: “¿Qué se debe hacer en concreto?” En primer lugar, los empresarios debían salir de su pasmo y dejar de apoyar a los enemigos del capitalismo.

²Véase John Micklethwait, Adrian Wooldridge, *Una nación conservadora. El poder de la derecha en Estados Unidos*, Debate, Madrid, 2006.

³Véase Bernat Muniesa, *Libertad, liberalismo, democracia*, El viejo topo, 2008, p.98 y ss.

⁴Véase Susan George, *El pensamiento secuestrado*, Público, Madrid, 2009, p. 261 y ss.

⁵Edward Bernays, el autor de *Propaganda*, se debe contar entre las personas que, desde la sombra, más daño han hecho a la democracia.

Había que lanzar una gran campaña en el plano ideológico, en defensa de éste y de la libre empresa.

Era importantísimo romper el monopolio de la izquierda en las universidades, pero la campaña debía dirigirse a todos los estratos sociales. Había que arrollar al enemigo en la prensa, la radio y la televisión. Hacían falta profesores, escritores y periodistas, a los que se untaría debidamente. La operación, que podía durar años, costaría muchísimo dinero, pero si los empresarios se unían, saldrían victoriosos. Según los cálculos de Powell, podría bastar con una pequeña fracción de lo que se gastaban en publicidad.

La élite reaccionaria mezcló los informes de Lippmann y de Powell y apuró el cóctel resultante. A puerta cerrada, se tomaron dos decisiones trascendentales: 1) obligar a los norteamericanos y al mundo entero a regresar a los parámetros del capitalismo salvaje; 2) imponer un retorno a los “genuinos valores americanos”, de corte puritano. Los conjurados se pusieron manos a la obra en los dos frentes a la vez, conscientes de que se encontraban en minoría y de que tendrían que actuar por etapas, con cuidado, para no alarmar.

¿Contaba para algo la opinión de pueblo norteamericano? No, porque, como se leía en el informe de Lippmann, era como un niño de tres años a punto de cruzar la Quinta Avenida. La elite, decía Lippmann, tenía el *deber* de hacerse cargo de la “masa descarriada”. La cohesión social, la meta que compartían el New Deal rooseveltiano y la Gran Sociedad de Johnson, era una idiotez. *Ahora sólo importaban los beneficios de las empresas y de las grandes fortunas.*

La clase media, el orgullo de la posguerra, se podía dar por perdida. Se estaba tramando era la *revolución de los muy ricos*, como la bautizó Galbraith. La “masa descarriada” sería reconducida, mediante la propaganda, el chantaje y las desloca-

lizaciones, a las coordenadas de Malthus y Ricardo, a la ley de hierro de los salarios. La clase trabajadora y los estudiantes recibirían, en Norteamérica y en el mundo entero, dosis crecientes de miseria e incertidumbre.

Las inmundicias que nos han salido al paso a lo largo de los años formaban parte de un plan que *sólo conocían los iniciados*. Hay cosas tan repulsivas que ni el mejor vendedor se atreve a exponerlas, a plena luz, tal como son. Y sería pueril pedir a los iniciados que vayan con la verdad por delante, que muestren sus cartas.

EL PAPEL DE LOS THINK-TANKS

No había posibilidad de actuar desde las universidades, donde ni los progresistas ni los conservadores de toda la vida estaban en situación de interesarse por el oscuro proyecto. Por eso, los conjurados crearon varios thinks-tanks o centros de reflexión. Charles Koch y su acaudalada familia fundaron el Cato Institute. Seguidamente, se reflató el American Enterprise Institute. A los think-tanks propiamente dichos se sumaron varias fundaciones, desde la Bradley a la Olin. El cervecero millonario Joseph Coors y el magnate de la prensa Richard Mellon lanzaron la The Heritage Foundation. Esto, para empezar.

Las grandes empresas, especialmente las vinculadas al complejo científico-militar-industrial, pusieron sobre la mesa enormes cantidades de dinero. Ahora iban a por todas, decididas a acabar con el espíritu de los sesenta y a sacrificar lo social a lo militar. Incrementarían el presupuesto de defensa a toda costa. Sería inútil buscar el más leve asomo de humanismo en la mentalidad de los conjurados.

La progresión de estos *think-tanks* y fundaciones fue espectacular. Hoy forman una red de alcance global. De ellos salen torrentes de informes, folletos, revistas, periódicos, libros, programas de radio, de televisión... Para ellos trabajan, generosamente retribuidos, toda clase de intelectuales afectos a la causa, desde los neófitos hasta las estrellas consagradas tipo Samuel Huntington (*El choque de civilizaciones*) o Francis Fukuyama (*El final de la historia*). Y a ellos están ligados varios planteles de políticos de diversas edades, a ambos lados del Atlántico, todos en situación de ocupar puestos interesantes, ya sea en la administración o en la empresa privada.

No sería posible entender lo ocurrido sin prescindirnos de estas instituciones, en las que habita, el alma de la reacción, más interesada en incrementar su poder que en ninguna otra cosa. Estamos hablando de organismos no democráticos que sirven fielmente a los intereses de la élite del poder.

LA “BATALLA DE LAS IDEAS”

Había que ganar “la batalla de las ideas”, según el principio estratégico del comunista italiano Antonio Gramsci, retomado en sentido contrario por Walter Lippmann y por Lewis Powell. A falta de originalidad, se desempolvaron un montón de *ideas viejas*.

Se sacó brillo a creencias de los primeros tiempos del capitalismo, de cuando la burguesía ascendente luchaba contra los férreos usos económicos del Antiguo Régimen y, sin mayores retoques, se utilizaron como arma arrojada. Simultáneamente se echó mano biologismo del siglo XIX, pues venía bien celebrar la *lucha por la vida* y revivir la mística de la competencia perpetua. Y por supuesto, se tomaron ideas

de cuando se batallaba contra el comunismo y contra el fascismo. Presentadas con aires de novedad, como si acabaran de ser descubiertas, esas ideas fueron lanzadas contra todo lo que oliera a socialdemocracia o social-liberalismo. *Estamos hablando, no se nos olvide, de una campaña publicitaria, no de una búsqueda de la verdad, ni menos aún de un esfuerzo por mejorar las cosas.*

Así se entiende que se celebrase como novedad *Camino de servidumbre* (1943), de Frederic Hayek, y que el *Reader's Digest*, la popular revista, ya asociada a la causa, lo sirviese por entregas a sus desprevenidos lectores. Hayek era estuendo, porque, aunque derechista hasta la médula, se decía *no conservador*, en el sentido de rechazaba de plano las preocupaciones sociales que la derecha sensata no podía ignorar desde los tiempos de Roosevelt.

Para imponer el *proyecto neoliberal*, es decir, el retorno al capitalismo salvaje, era preciso convencer a la derecha conservadora de que no tenía ningún sentido seguir manteniendo el Estado de Servicios. Las predicaciones no tardaron en saltar el Atlántico, y pronto se oyó decir, en los conventículos de la derecha francesa, que había que ir a una *doble ruptura*: había que liquidar el modelo socialista y, de paso, el modelo paternalista de De Gaulle. Esto de la *doble ruptura* llegó a España por la puerta de servicio. Aquí se trataba de escarnecer a la socialdemocracia y de acabar con el modesto Estado social heredado del franquismo. En ello andaba Hernández Mancha, y esa habría sido la doctrina oficial del Partido Popular a la altura de 1989 si Manuel Fraga no le hubiera descabalgado de la presidencia del partido. El profesor Pedro Schwartz⁶, a

⁶Introducción en España del catecismo neoliberal escrito por Steven Cheung, *El mito del coste social: crítica de la economía del bienestar y de sus implicaciones políticas*, libro que tradujo y cuyos mensajes no ha dejado de repetir desde entonces

cuyo partidillo pertenecía la señora Esperanza Aguirre, no se cansaba de predicar la superioridad del modelo neoliberal. Cuando alguien le preguntó a Schwartz qué sería de los obreros, se le oyó decir: “¡Pues que se mueran de una vez!”⁷.

HAZ LO QUE TE DIGO Y NO LO QUE HAGO

Nos fueron repetidos ininterrumpidamente los mismos mensajes publicitarios. Para empezar, se dijo que repartir la riqueza es repartir pobreza, siendo lo único importante crearla, en el supuesto de que al final a todos beneficiará (como si la riqueza fuese a circular en sentido descendente por una amable red de vasos comunicantes).

Se arremetió contra la intervención del Estado en la economía, se escarneció el Estado de Bienestar, en adelante comparado con una niñera. ¿Qué era una empresa pública sino una empresa sin dueño? Se preparaban oleadas de privatizaciones. Había que liberalizar y privatizar, había que dar facilidades a los *emprendedores*, había que desregular la economía, dar rienda suelta al mercado y, por supuesto, había que bajar los impuestos, lo que sonaba bien, ya que no se hablaba de las consecuencias ni tampoco de lo mucho que saldrían ganando los ricos y las grandes empresas. Se trataba de ahorrar en asuntos sociales con el fin de disponer de dinero fresco para adquirir bienes públicos a precio de saldo. Si se hubiera anunciado que, por ese camino, el señor Warren Buffet, gran tiburón de las finanzas, iba a pagar menos impuestos que su secretaria, la gente se habría alarmado. Pero la publicidad es como es.

Milton Friedman, fue elevado a la categoría de suprema autoridad económica. Líder de los Chicago Boy's, era el pro-

⁷Jorge Verstrynge, *Memorias de un maldito*, Grijalbo-Mondadori, Barcelona, 1999, p. 143.

feta del *libre mercado*, famoso por sus “éxitos” en Indonesia y Chile (donde sus ideas habían sido impuestas sobre un montón de cadáveres). Su neoliberalismo económico se convirtió en la doctrina a defender en público y en privado. Friedman sustituyó a Keynes, pintado para la ocasión como una especie de cretino.

Con el mayor descaro, se exaltaron las bondades del *laissez-faire* en contra de cualquier intervención del Estado en la vida económica, al tiempo que se mantenía a pleno régimen el llamado “sistema Pentágono”, por el cual enormes cantidades de dinero público van a parar a empresas privadas de doble función, mitad civil, mitad militar. No busquemos coherencia donde nunca la hubo. Entraba dentro del guión socializar las pérdidas y chupar todo lo posible de las arcas públicas.

PALOS Y ZANAHORIAS

Como en el punto de partida había excelentes escuelas, hospitales, carreteras, puentes y diques, que todavía resistirían algún tiempo, como todavía había incontables leyes encaminadas a favorecer la cohesión social, como todavía había mucha gente bien preparada gracias a la enseñanza pública, el giro hacia capitalismo salvaje no fue percibido como tal por los desprevenidos norteamericanos. Los devastadores efectos del cambio de paradigma tardarían en hacerse visibles. Y casi siempre, los afectados lo fueron por sorpresa y por turno. Lo mismo ocurrió en todas partes, también -con matices- en Europa.

Añadamos que la revolución de los muy ricos no hubiera podido materializarse si no se hubieran combinado los palos con las zanahorias, entendiendo por palos el trabajo precario,

por ejemplo, y por zanahorias las bajadas de impuestos, los préstamos alegres, el dinero de plástico y la invasión de bienes de consumo baratos, fabricados por masas de trabajadores privados de derechos, chinos, indonesios o mexicanos. En cuanto la fabricación de las boinas de los soldados americanos se trasladó a los sórdidos talleres chinos, se vio lo poco que importaban éstos y lo poco que importaban los trabajadores norteamericanos. Esta retrógrada revolución se hacía precisamente a costa del honrado trabajador, de aquí o de allá, de donde saliese más barato y a ser posible sin derechos de ningún tipo.

Ni falta hace decir que las grandes zanahorias fueron para quienes, desde un puesto u otro, desde la política, la tribuna o la cátedra, más podían influir en los estados de opinión. Como vulgarmente se dice en estos tiempos, toda persona tiene un precio. Y sus buenos palos se los han llevado quienes, viendo la jugada, la han rechazado por inmoral, condenados a la marginalidad e incluso a la pobreza. Esto por lo que se refiere al Primer Mundo, porque tampoco han faltado los asesinatos y las desapariciones en el Tercer Mundo.

ÉXITO COMPLETO

El premio Nobel de Economía fue para Friedman, no para el keynesiano Galbraith. A la altura de 1980 los neoliberales se hicieron con las riendas del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial, dejando fuera de combate a varias generaciones de socialdemócratas. Tardaron unos años, pero vencieron en toda la regla. Lo que había empezado por lo bajo, salió a la luz, mostrando sus poderes. La progresión fue imparable, con la señora Thatcher como primera dama en el Reino Unido y con Ronald Reagan en la presiden-

cia de los Estados Unidos, afiliada ella al propósito de retornar a la moral victoriana, y devoto él de la Moral Majority, el movimiento religioso fundado por Jerry Falwell.

Es de hacer notar que, entre nosotros, el único que no quiso saber nada del invento neoliberal fue Adolfo Suárez, que lo pagó muy caro, viéndose abandonado por una parte de su partido, por la banca y por la CEOE. El PSOE no resistió la tentación, y se dejó llevar por Miguel Boyer y Carlos Solchaga adonde jamás lo habrían imaginado sus militantes de base. Y menos aún la resistió el Partido Popular, cuyo principal centro de estudios -la FAES- se convirtió en una sucursal de los think-tanks norteamericanos. Todavía hoy, en plena crisis, José María Aznar nos repite las fórmulas de hace treinta años: hay que privatizar, hay que recortar el gasto público, hay que bajar los impuestos.

El equilibrio entre una fuerza de centro izquierda, socialdemócrata, y una fuerza de centro derecha, articulada en torno al ideario democristiano, típico de la Europa de posguerra, se vio sustituido por una convergencia o complicidad en el campo neoliberal. Europa no era como los Estados Unidos, pero la propaganda había surtido efecto y todo el sistema político se desplazó hacia la derecha.

El proyecto europeo original fue sustituido por la Europa de los mercaderes, y vemos ir del brazo a supuestos socialdemócratas con supuestos democristianos. Olvidados los principios, se entienden mafiosamente en clave neoliberal. La Carta Social jamás se hizo realidad. Sintomáticamente, se encargó al neoliberal y atlantista Valéry Giscard d'Estaing la redacción de la Carta Magna europea. Este amigo del sanguinario Bokassa, que tenía por costumbre regalarle diamantes, produjo un texto neoliberal que la ciudadanía rechazó de plano, con buen sentido.

II

UNOS PERFECTOS INMORALES

No creamos ni por un momento que se trató sólo de una cuestión de números. Si en economía se regresaba a los principios de la escuela de Manchester, en el plano filosófico se regresó a los principios *elitistas* del liberalismo decimonónico, aderezados, para variar, con grandes dosis de Maquiavelo. *Nos hemos acostumbrado a creer que la filosofía no pinta nada, y es un error. En la trastienda hay gente que piensa, y las cosas se entienden mucho mejor si se presta atención a lo que tienen en la cabeza.*

Leo Strauss, un oscuro profesor de filosofía, autor de libros extraordinariamente áridos, tenía dos caras, la pública y la privada. Sólo hablaba claro a puerta cerrada, en su casa, que es donde hizo saber a sus discípulos preferidos que “los mejores” tienen *pleno derecho* a imponer su voluntad al resto de los mortales. Coincidió con Lippmann y con el mismísimo Platón. Strauss se la tenía jurada a la Ilustración, a su igualitarismo y a su impulso universalista. Por eso gustó tanto. La revolución de los muy ricos es *antiilustrada* en todos los sentidos, y si no acertamos a impedirlo, iremos a parar a una

nueva edad oscura, a medida de los gustos oligárquicos del profesor Strauss.

La filosofía ha tenido mucho que ver en el cambio de mentalidad que experimentaron los ricos. Habían tenido motivos para sentirse moralmente inseguros, se habían visto obligados a comportarse con cierto miramiento, habían llegado a tener mala conciencia frente a los pobres y desafortunados, habían dejado de encender puros con billetes de mil dólares⁸, y he aquí que experimentaron una liberación súbita. Lippmann y Strauss *les devolvieron la buena conciencia*. Si uno es rico y poderoso, ¿por qué tendría que esconderse?

Respetar al trabajador, atenerse a las reglas de la democracia, negociar con unos sindicatos serios, ceder parte de los beneficios al erario público, luchar a favor de la igualdad de oportunidades, ¡qué gran error! Los ricos recuperaron a William G. Summer, que parecía haber escrito pensando en ellos: “Es preciso que se comprenda que no es posible evitar la alternativa: libertad, desigualdad y supervivencia de los mejores, y no libertad, igualdad y supervivencia de los no dotados.” Sí, lo habían comprendido.

MÁS PODER A CUALQUIER PRECIO

Vistas las cosas con la debida perspectiva, es evidente que fue de gran importancia el fichaje de los trotskistas capitaneados por Irving Kristol. Este grupúsculo de izquierdistas renegados aportó cierto aire de novedad a las viejas ideas e insufló un peculiar dinamismo al movimiento neoliberal y retrógrado, dotándolo de la arrogante seguridad en sí mismo que le caracteriza.

⁸Véase Thorstein Veblen, *Teoría de la clase ociosa*.

Resultó que era facilísimo arrebatar a la izquierda el elan del progreso y de la mismísima revolución. Pronto se hablaría de la “*revolución conservadora*”. Los que ponían el dinero estaban encantados. ¡Cómo no se les había ocurrido antes! La palabra “libertad”, santo y seña de la izquierda progresista e ilustrada, se puso de moda en los ambientes de la derecha desde finales de los años setenta. *Estaban dadas las condiciones para la imparable progresión de un singular trotskismo de derechas, esto es, para una “revolución permanente” encaminada a satisfacer todos los caprichos del poder empresarial y financiero.*

En los dominios del leninismo y del trotskismo, *la falta de escrúpulos morales* se había visto justificada por los altos y justicieros fines del comunismo; ahora, en cambio, se operaría crudamente, en aras de algo tan elemental como los beneficios. Y no para conquistar el poder sino para incrementarlo al máximo. Y todo por dinero. Nada más inteligente que mentirle al vulgo, nada más sabio que pisotear el bien común en nombre del bien particular. *Y esto es de la mayor importancia para comprender el trasfondo moral de la revolución de los muy ricos, capaz de abogar en la miseria a millones de seres humanos con una frialdad que hiela la sangre.*

Si el viejo Adam Smith, el padre del liberalismo económico, un optimista, había creído de buena fe en que una *mano misteriosa* se encarga de que la resultante de los egoísmos particulares conduzca a un mundo cada vez más próspero y armonioso, los promotores de esta revolución saben que no hay tal mano. Adam Smith había filosofado en un mundo mozartiano, newtoniano, y había sido un creyente. Ellos no tienen la misma disculpa. El capitalismo salvaje ya ha causado a la humanidad suficientes problemas. No hay más que pensar en los ingleses raquíuticos y de breve existencia que carac-

terizaron al Imperio Británico en su fase de máximo esplendor, por no recordar el crac del 29. *Así pues, tenemos que vérnoslas con egoístas absolutos, con unos perfectos inmORAles, lo que pone de relieve la tremenda crisis que anida en el corazón de nuestro tiempo.*

RETORNO A LA BARBARIE

Añadamos que estos egoístas, faltos de referencias morales, desprovistos de lo que antaño se llamaba “temor de Dios”, han acudido en busca de orientación a la madre naturaleza, y concretamente a sus aspectos más siniestros. Para ellos la única lección aprendida es que *el pez grande se come al chico*. O mejor dicho, que el pez grande se *debe* comer al chico. Por mucho que se disimule, no otro es el principio que se encuentra detrás del penoso espectáculo, el mismo al que Hitler se atuvo en todo momento. Y ya deberíamos saberlo: la ley del más fuerte, en términos humanos, es infinitamente más cruel que la ley de la selva.

La divinización del Mercado y la recuperación de la doctrina del *laissez-faire*, así como la reducción de las competencias del Estado, no son asuntos puramente económicos. Esta gente va mucho más allá de la economía, al identificar el mercado con la naturaleza. Por eso los vemos regodearse en el siglo XIX, recuperando la transposición de la teoría la evolución a los asuntos humanos, según la chapuza de Herbert Spencer (un enemigo declarado de la instrucción pública, de las leyes sociales y hasta de las normas que regulan la seguridad en el trabajo). Lo importante es dejar que la lucha por la supervivencia del más apto siga su curso. Bajo ningún concepto se debe interferir en ella por motivos humanitarios. Ayudar a los pobres es tanto como ir contra las leyes de la

naturaleza... Engaños aparte, obritas de caridad aparte, esta es la filosofía que está detrás de la revolución de los muy ricos. *Y lo demás es una consecuencia.*

NO SE DIERON PUNTADAS SIN HILO

Las personas supuestamente cultas recibieron su ración de material tóxico. Pronto se las vio embelesadas con “el final de las ideologías”, con “el final de la historia” y con “el final de los grandes relatos”. No era un entretenimiento inocente: se apuntaba a un *mundo apolítico*, entregado a los tecnócratas, a su vez entregados al servicio del capitalismo salvaje. *Se produjo un desarme intelectual generalizado y se impuso la creencia de que vivimos en el único mundo posible, en el que, por supuesto, no tiene sentido hablar de izquierda y de derecha.* En adelante, todos los problemas serían planteados y solucionados por los economistas de la escuela neoliberal. “¡La economía, estúpidos!” ¿Quién no ha oído esta arrogante exclamación?

Para las masas, el material tóxico fue otro. Telepredicadores sin escrúpulos como Jerry Falwell y Pat Robertson se vieron agraciados por una espléndida financiación. No es casual que Ronald Reagan identificase los valores americanos con la religión y que afirmase que el laicismo es cosa de degenerados. Iba por donde debía, según el plan. Jerry Falwell, el hombre que llegó a afirmar que los atentados del 11S fueron un castigo divino contra los abortistas, los gays, las lesbianas y las feministas siempre contó con el apoyo del American Enterprise Institute. Hasta le regalaron un avión para facilitar sus espectaculares desplazamientos. Todo se hizo a lo grande. El cóctel de religión y capitalismo hizo auténticos estragos. En pocos años, los cristianos renacidos pasaron de diez a setenta millo-

nes, con grave daño para la salud de la democracia norteamericana.

No por capricho Marx dejó escrito que la religión es “el opio del pueblo”. Pero nadie hubiera podido imaginar que se recurría a ella como simple droga de manera tan alevosa, como tampoco que la vieja Europa cayese en la tentación de volver a las andadas a fuerza de leer panfletos emitidos por los *think-tanks* norteamericanos. Cuando el presidente Sarkozy juega con la idea de hacer sitio a la religión en el Estado laico francés, ¿qué creemos que está haciendo? Hasta el papa hace uso de la mercadotecnia a la americana. La Iglesia católica ya se ha metido en un juego de relaciones públicas en el que se alternan los espectáculos mediáticos con las actitudes y los dichos anteriores al Concilio Vaticano II. Sólo cabe ver en ello una regresión⁹.

En resumidas cuentas, el “atrévete a saber” de Kant fue sustituido por invocaciones a la fe y a la superstición. No por azar, se dio un fuerte impulso al creacionismo¹⁰ y a su variante semiculta, el diseño inteligente. No se trata de elevar el nivel de “las masas” sino de atontarlas, en el supuesto de que las personas bien preparadas son un peligro.

Poner la educación y los conocimientos al alcance de cualquiera había sido un error. Al menos, eso es lo que afirmaba el profesor Strauss, con abundantes citas de Platón y de Nietzsche. En este punto también se fue, con especial saña, contra los ideales de la Ilustración. Se dejaría morir la educación pública, se compraría la autonomía universitaria y se da-

⁹Véase Juan José Tamayo, *Juan Pablo II y Benedicto XVI, Del neoconservadurismo al integrista*, RBA, Barcelona, 2011.

¹⁰Doctrina que sostiene que Dios creó el mundo de la nada y que participa en la creación del alma humana en el momento de la concepción.

rían toda clase de facilidades a los centros de educación privados, una manera de controlar los contenidos y de modelar las mentes de espaldas a la tradición ilustrada. La ola nos alcanzaría con algún retraso, pero con la marca de fábrica bien visible. No creamos que el Plan Bolonia¹¹ surgió de la nada o que el señor Joan Rossell, presidente de la CEOE, llegó por sí mismo a las antiilustradas ideas educativas de las que hace ostentación. Pronto será imposible que el hijo de un metalúrgico llegue a médico, y si alguno lo consigue, tendrá que pasarse los mejores años atado en corto devolviendo los gentiles préstamos que tuvieron a bien concederle las instituciones privadas para que pudiese abonar matrículas, cursos y másters.

EL DETERMINISMO BIOLÓGICO

Desde el primer momento se utilizó el *determinismo biológico* para difundir el cuento de que los afroamericanos y los pobres no prosperan por culpa de una aciaga composición genética. No tiene sentido gastar dinero para ayudarles a salir del pozo.

También se puso de moda decir que, en lo tocante a la delincuencia y la rebeldía, la carga genética es más importante que las circunstancias. De modo que lo mejor que se puede hacer es construir más cárceles, un negocio floreciente.

Desde que esta revolución de los muy ricos empezó, tales ideas han sido difundidas por todos los medios disponibles, incluso mediante tratados aparentemente sesudos. La batalla de las ideas prosigue en campos muy alejados de la economía. Así, por ejemplo, se ha puesto buen cuidado en escarnecer la

¹¹Véase Carlos Fernández Liria y Clara Serrano, *El plan Bolonia*, Catarata, Madrid, 2009.

doctrina del *buen salvaje* y en respaldar una visión hobbesiana del ser humano. Si “el hombre es lobo para el hombre”, nadie discutirá que hace falta un aparato coercitivo para mantenerlo a raya. Y por supuesto, el acento no se pone en los pueblos pacíficos que figuran en los anales de la antropología. Se nos da a entender que el ser humano es por naturaleza muy belicoso y que la guerra es inevitable, cosa de nuestros genes. Nada se nos dirá sobre la conversión, sobre la misma base genética, de los belicosos vikingos, seres amables y bien dispuestos. Nada se nos dice tampoco sobre los pueblos que, lejos de querer siempre más y más, dieron pruebas de conformarse con poco, como tampoco se nos recuerda que para un griego bien nacido era de pésimo gusto ansiar más de lo estrictamente necesario. Todas las visiones alternativas, incluidas las matizaciones, han desaparecido.

En cuanto a las mujeres, se dio gran publicidad a las sutiles diferencias entre los cerebros masculino y femenino: lo mejor que pueden hacer es ceder la iniciativa a los hombres, mejores en matemáticas, más racionales¹². Nada nuevo bajo el sol. El determinismo biológico le viene al capitalismo salvaje como anillo al dedo, como sabemos desde el siglo XIX. Enfrentarse a esa sucia marea sería en adelante un asunto de idealistas y de parias.

ADIÓS A LA VERDAD

La verdad se vio rebajada a elemento retórico. Ahora se podía deformar, mezclar con medias verdades, con fútiles invenciones o con mentiras alevosas. Desde el punto de vista moral y político las consecuencias han sido devastadoras. No

¹²Véase Natasha Walter, *Muñecas vivientes, El regreso del sexismo*, Turner, Madrid, 2010.

es que se mienta un poco, o sin querer. Se miente todo el tiempo. Resulta que todos hemos sido engañados, incluso desde las más altas tribunas, desde la mismísima ONU, como el día aciago en que nos fue dicho que Sadam Hussein estaba en condiciones de alcanzarnos con armas de destrucción masiva en sólo cuarenta y cinco minutos.

Esta es la época del señor Karl Rove, experto manipulador de campañas electorales. Fue este caballero quien enseñó a los políticos a aprovechar la menor ocasión para repetir el mismo mensaje publicitario, venga o no a cuento, y a machacar constantemente los puntos débiles, reales o imaginarios, del oponente. Lo que conduce a la desaparición del político, que queda convertido en un simple propagandista, en un perfecto farsante.

La perversión en el uso del lenguaje alcanzó niveles increíbles. Hoy se considera normal confundir la libertad de las multinacionales con la libertad de las personas y hasta se ha hablado, sin ningún rubor, de capitalismo popular, de capitalismo verde, de bombardeos humanitarios y hasta de la América compasiva. Daños colaterales, un sinónimo de masacre; entrega extraordinaria, sinónimo de secuestro, nada sorprendente: la propaganda tiene su particular abecé.

Los conjurados y sus expertos en marketing conocen muy bien el significado de las palabras. Por eso nunca hablan de “capitalismo” y menos de “capitalismo salvaje”. Hablan de “economía de mercado”, y por supuesto, ni por descuido mencionan la “economía social de mercado”, a la que confunden deliberadamente con el comunismo. A creerles, vivimos en una sociedad sin clases... Y como saben usar las palabras, aman la palabra “reforma”, de resonancias tranquilizadoras y hasta progresistas. Hasta ponen mala cara si se les tilda de “neoliberales”: se sienten “liberales” a secas, lo que viste más.

POR SUS OBRAS LOS CONOCERÉIS

El poder de la ingeniería social: *sin que la víctima se su-blevase*, se puso fin al sueño americano. En el país más poderoso de la tierra hay *cuarenta y seis millones de pobres*, más de catorce en las alcantarillas, y la cifra que va en aumento. La atención sanitaria es tercermundista y cincuenta millones de personas carecen de ella. No es raro que el enfermo que no paga se vea depositado en la vía pública. La mortalidad infantil ha llegado a extremos sobrecogedores. Según datos oficiales, hay en los Estados Unidos (¡la patria de Dewey!) no menos de siete millones de analfabetos absolutos y treinta millones de analfabetos funcionales, categoría en la que, según algunas fuentes, se encuentra, en realidad, el 50 por ciento de la población.

Es muy significativo que, a estas alturas sólo el 24 por ciento de los norteamericanos sepa valerse de un ordenador, como es significativo que, por término medio, un alto ejecutivo tenga un salario 264 veces superior al de un maestro.

El alcance de la revolución de los muy ricos se abarca con facilidad si tenemos en cuenta que el 84 por ciento de la riqueza de los EE UU está en manos del 20 por ciento de la población, y que el resto, un 16 por ciento de ella, es lo que queda para el 80 por ciento. Desde el año 1973 hasta 2005 los ingresos reales de los norteamericanos más ricos, el 5 por ciento de la población, aumentaron en un 50 por ciento. Si no se hubiera hecho una formidable campaña publicitaria, nadie en su sano juicio seguiría admirando el modelo americano y lo desearía para sí.

Como dijo Marx, “el dinero no tiene nacionalidad”, y esta revolución de los muy ricos ha sido tramada, como su nom-

bre indica, en el exclusivo beneficio de una minoría. *El pueblo norteamericano es una víctima más, entre otros pueblos, y si los que vivimos en otras latitudes creemos que vamos a ser mejor tratados es que somos tontos.*

EL DOMINIO DE LA TIERRA

Lo que empezó como una conjura se ha convertido un sistema de gobierno mundial, en una maquinaria que funciona como la seda, con su ideología y con sus ceremonias, con su izquierda amaestrada, con sus organismos trucados, con miles de políticos, periodistas, escritores, profesores y tertulianos en nómina, con una legión de individuos dedicados retocar imágenes e ideas, para que todo parezca presentable. Algunos son plenamente conscientes de los asuntos de poder implicados, otros no, pues no hace falta creer ni saber para servir a la causa (sólo es preciso estar atento a los puntos donde se hace el reparto del dinero). Se calcula que esta revolución sólo favorece al 16 por ciento de los habitantes de este planeta.

La clase política ya no es tal, salvo que se trate de asuntos menores, como prohibir que se fume en lo bares, pues en lugar de mover los hilos se los mueven desde la zona oscura donde reside el poder propiamente dicho. Acabamos de comprobarlo en España, donde se acaba de imponer una reforma de la Constitución, nada menos, a toda prisa y al dictado de lo que Paul Krugman llama el Comité del Dolor, integrado por financieros, banqueros y grandes empresarios.

PERSPECTIVAS

A la larga, el poder absoluto atonta, se sube a la cabeza, incita a cometer locuras. Cabe esperar, por lo tanto, que los con-

jurados y sus socios se caven su propia fosa. A fin de cuentas, se han comportado como unos aprendices de brujo, saltándose a la torera todos los requerimientos de la paz social, cerrando los ojos incluso ante los problemas ecológicos. Hasta los números se les subieron a la cabeza. Ya a la altura de 1992 *sólo* un 10 por ciento de los valores mercadeados en la red financiera global tenía algo que ver con el comercio de bienes y servicios. Desaparecida la Unión Soviética, amordazadas o reducidas a la marginalidad las voces críticas, esta gente ha perdido el sentido de los límites. No hay más que pensar en la estafa multimillonaria de Enron o en la pirámide de Ponzi planetaria que acaba de derrumbarse, o en las alocadas aventuras bélicas a crédito. No hay campaña de relaciones públicas y de imagen que pueda ocultar el atropello implícito en el hecho de que Richard Fuld, ya multimillonario, recibiese, delante de nuestras narices, 53 millones de dólares de indemnización... por haber hundido Lehman Brothers.

Sin embargo, por la parte que nos toca, sería pueril esperar que el poder recapacite precisamente ahora y con motivo de nuestra indignación. *Porque la tiene asumida y confía ciegamente en sus medios de persuasión, control y represión, ciertamente pavorosos*¹³. No somos nosotros quienes le vamos a descubrir que obra mal, porque ya lo sabe, como sabe también que, en el pasado, nada remoto, el capitalismo salvaje tuvo por consecuencia la aparición del terrorismo anarquista, del leninismo y del fascismo. Le da completamente igual, como le da igual dilapidar la legitimidad democrática. Lo que indica que no está en sus cabales.

¹³Véase Armand Mattelart, *Un mundo vigilado*, Paidós, Barcelona, 2007.

UN LIBRO ESCLARECEDOR

Si queremos saber cómo se las gasta este poder inmoral, haremos bien en leer dos veces seguidas y con un lápiz en la mano *El auge del capitalismo del desastre*, de Naomi Klein. Cuando los procedimientos suaves se agotan, cuando no basta con dosificar las reformas canallas, cuando el ansia de rapiña no se puede disimular, se apela la violencia, a los bombardeos, a la guerra sucia. No por casualidad la tortura acaba de reaparecer de manera oficial. El libro de Naomi Klein explica cómo se ha llegado a esta dictadura de los ricos, va país por país, caso por caso, y deja las cosas tan claras que uno acaba no sólo indignado sino también alarmado. ¡Qué bajo ha caído la humanidad!

Lo que nos toca vivir ahora, la llamada Crisis, tiene sus particularidades, pero, en cuanto a las consecuencias, sólo es más de lo mismo. Nótese cómo está siendo *aprovechada*, no para corregir los excesos del capitalismo salvaje, sino para *acelerar la ingesta de bienes públicos por parte de los amos de la globalización, para desplumar al contribuyente y reducir la cobertura a los más débiles, niños, enfermos y ancianos*.

Lo que nos parece tan novedoso, a efectos prácticos no pasa de ser una repetición: cualquier inmigrante peruano, argentino o ucraniano o nigeriano nos puede poner al día rápidamente, como también podría uno cualquiera de los muchos millones de norteamericanos que pasaron de la clase media a la pobreza, cualquier habitante de Detroit que no se pueda pagar el agua privatizada. *No sabemos hasta dónde llegará esta locura, pero haríamos bien en mirar a los ojos a cualquier inmigrante, de cualquier color, para hacernos una idea de cuál puede ser nuestro destino de seguir todos por este camino de servidumbre. Lo único novedoso es que esto nos esté pasando a nosotros, en Europa*.

Y en cuanto a nuestra indignación haríamos bien en ponerla en sintonía con el sufrimiento general, ya dispuestos a solidarizarnos activamente con todo aquel que reclame un mundo mejor, sea europeo, norteamericano, africano o chino. Nuestra responsabilidad es grande precisamente porque estamos en Europa, porque todavía estamos íntegros, porque aún contamos con importantes salvaguardas jurídicas.

Alguien dirá que la unión es muy difícil, porque no es lo mismo indignarse en Túnez o en Siria, en Egipto o en Libia, aquí en la Puerta del Sol de Madrid o en Atenas. Hay grandes diferencias, desde luego. No es lo mismo exponerse a ser tiroteado que recibir unos cuantos golpes de porra, no es lo mismo recibir descargas eléctricas, como le ocurrió a la joven Ayat Al-Quarmezzy por leer un poema en Barhein, que ser llevado en brazos por las fuerzas del orden, no es lo mismo reclamar democracia donde no la hay que exigir el saneamiento del sistema. *Sin embargo, por encima de las diferencias compartimos unos ideales, por no hablar del multiforme enemigo que tenemos en común.*

Así pues, ¡indignados del mundo, uníos!

III

LA DURA REALIDAD

La indignación acaba de manifestarse en nuestras calles y plazas cuando ya nos habíamos hecho a la idea de que no hay nada que se pueda hacer aparte de aguantar. Primero, la reconfortante alegría de sentir que uno no está solo en la apreciación de los hechos; después, la esperanza de que entre todos podamos hacer algo positivo; por último, una sensación de temor a que sea difícil conseguirlo. Este temor no ha podido ni podrá con este movimiento -los motivos de indignación van en aumento-, pero merece atención, en lo tiene de saludable: creemos que es preferible admitir las dificultades, única manera de no cometer errores.

Lina Ben Mehnni, una bloguera tunecina que sabe de lo que habla, nos cuenta que en su país, pasadas las horas de euforia colectiva, empieza a aflorar la decepción. Ha caído Ben Ali, pero algo va mal: “Me decepcionan los partidos políticos y los líderes que apenas escuchan al pueblo; me decepciona el gobierno de transición; me decepciona la prensa, en manos de propietarios chaqueteros que sirvieron con entusiasmo a la dictadura”.

Por su parte, el escritor egipcio Alaa Al Aswani contempla la evolución de los acontecimientos con no poca ansiedad. La gesta de los indignados egipcios fue de imborrable memoria. La resistencia activa no violenta contra la tiranía dio sus frutos: Mubarak fue derrocado. Pero, ¿qué pasará? Ya ha empezado el pasteleo en la trastienda del sistema y cabe esperar el famoso cambio para dejarlo todo igual, según la fórmula del príncipe Salina. No es posible saber cuántas veces tendrán que regresar los egipcios a la plaza de Tahir para conseguir lo que se les debe.

¿Qué sucede en Barhein, donde los indignados se vieron sorprendidos por la invasión de los tanques saudíes? ¿Ha sido ya liberada la joven poeta Ayat Al-Quarmezzy? Lo ignoramos. En estos momentos, de Siria y Libia sólo sabemos que corre la sangre. Los indignados de Marruecos están a la espera de ser atendidos. Los griegos se ven desbordados por el elevado número de furiosos. En París, nuestros pares han sido dispersados a golpes por la policía. Los de Wisconsin han tenido que regresar a sus casas con las manos vacías. Los israelíes han tenido el privilegio de ser escuchados de inmediato, pero han tenido que salir a la calle de nuevo. *Nos emociona que los indignados hayan salido a la calle simultáneamente en Madrid, Nueva York, Frankfurt, Berlín y otras muchas ciudades para protestar contra los abusos del capitalismo salvaje, nos emociona la difusión de las ideas y las actitudes que hicieron posible nuestro 15M.*

Aquí, en España, ¿qué hemos conseguido, con buena voluntad y una movilización incesante? Consideramos que ha sido una proeza dar la cara por la indignación que llevamos dentro, venciendo la inercia de los tiempos y la apatía. Es muy importante que le hayamos dado un severo toque de atención a la clase política española y europea, que la hayamos puesto

ante la evidencia de que, formalismos democráticos aparte, se está dejando la *legitimidad por el camino*. También es importantísimo haber podido impedir o posponer un buen número de desahucios, haciendo valer razones humanitarias olvidadas hace mucho tiempo.

Pero nada ha venido a atenuar nuestra indignación. Peor aún: sólo nos han sido dados nuevos motivos de irritación. El poder establecido pretende seguir en las mismas, como si el 15M no existiese, como si fuera un acontecimiento marginal, una iniciativa -se ha dicho- de mastuerzos, perroflautas y camorristas. En Madrid se habla de crear una policía autonómica para controlarlo y en Barcelona el señor Puig revisa catálogos de material antidisturbios. No deja de ser sintomático que el profesor Peces-Barba, uno de los padres de nuestra querida Constitución, dedique su talento a criticar la movilización. Es triste, porque todo indica que en la esfera del poder abundan las gentes que *no saben agradecer* el hecho de tener que vérselas con un movimiento de tan cívico como éste.

¿RECAPACITARÁ LA CLASE POLÍTICA EUROPEA?

¿Hay alguna posibilidad de que los políticos hagan honor a sus responsabilidades, y de que presten atención a sus representados? ¿Es que sólo van a ser capaces de comportarse como simples voceros del Comité del Dolor, integrado por banqueros, empresarios y financieros? ¿Tendrá a bien contenerse el poder establecido, o proseguirá su demencial carrera hacia el abismo? Ya está totalmente claro que, o se hace algo serio, o el sistema se quedará con la legitimidad a cero.

En las calles, por cierto, hay *un poder* que ningún dirigente debería tomar a ligera, un poder que todos los políticos serios han tenido en cuenta. Nos referimos a un poder ante el cual

no valen, a la hora de la verdad, los simples formalismos democráticos, ni las consignas de los expertos en mercadotecnia política, un poder que hasta lo tiranos temen, y al que no es sensato provocar si de lo que se trata es de mantener en pie una sociedad abierta y respetable. La creencia de que se puede aprovechar la legitimidad democrática para pisotear el bien común esta muy en boga en ciertos cenáculos, donde se canta a la democracia, por un lado, y por el otro se la pervierte, lo que nunca ha tenido consecuencias agradables.

En Argentina, en diciembre del 2011, cuando el paro había superado el 20 por ciento, la gente se encontró de la noche a la mañana con la cruel novedad de que no podía disponer de del dinero que tenía en los bancos. Se habían cumplido todas las recomendaciones del FMI, para terminar en una formidable estafa, que pasaría a la historia con el nombre de “corralito”... ¿Y qué pasó? El agente de las finanzas internacionales Domingo Cavallo, ministro de Economía, fue obligado a dimitir por una memorable cacerolada. El siguiente que se tuvo que ir fue el presidente Fernando de la Rúa, y a los pocos días su sucesor, Adolfo Rodríguez Saá. “Que se vayan todos”, pedía la gente. No fue lo que se dice una revolución, pero sí merece recordarse como prueba de que, ciertamente, otro poder habita en las calles.

De seguir las cosas así, de continuar la serie de atropellos contra la gente, no tardarán en producirse *tremendas convulsiones sociales*. Recuérdense, por favor, las enseñanzas de la historia. La Revolución Francesa empezó con una subida de impuestos y con el encarecimiento del pan. Hay que estar loco para jugar con fuego. Y recuérdese también que, en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, hay un párrafo cargado de sabiduría en el que se avala *el derecho a la rebelión contra la tiranía*. Locos tendrían que estar los go-

bernantes europeos para ignorarlo en estos momentos decisivos, en los que todavía se puede hacer algo. Los indignados, por razones de justicia, pedimos que se actúe sin pérdida de tiempo, que se ponga fin a la dictadura de los mercados, porque nos está haciendo daño, *pero también lo pedimos en evitación de males mayores*. En este sentido, nos sentimos depositarios del saber histórico que ciertos dirigentes políticos se empeñan en ignorar, una increíble irresponsabilidad por su parte.

NUESTRO PROBLEMA NÚMERO UNO

Somos demócratas, y esto nos lleva a hacernos algunas preguntas. Puestos en el mejor de los casos, ¿qué pasaría si uno de los nuestros se alzase con la victoria en una contienda electoral? La experiencia nos dice que, tal como está el mundo, *le veríamos en un aprieto terrible*. La revolución de los muy ricos es, salta a la vista, antidemocrática, y nuestro presidente lo tendría todo en contra¹⁴.

Damos por sentado que un gobernante debe negociar, pero ¿de qué margen dispone un presidente de buenas intenciones para hacer algo positivo? Respuesta: de un margen ínfimo. Y este es el problema número uno, que nos debería quitar el sueño, el que nos obliga a aguzar el ingenio. ¿Cómo se puede ampliar ese margen? *Nosotros creemos que sólo por medio de un poderoso movimiento humanista de alcance global, pues es poco se puede hacer desde un solo país* y mientras todavía haya millones de personas en situación de ser

¹⁴Véase Noreena Hertz, *El poder en la sombra. La globalización y la muerte de la democracia*, Planeta, Barcelona, 2002.

llevadas de la nariz por los magos de la mercadotecnia neoliberal, mientras siga en pie una escala de valores presidida por los beneficios. El alcance de esta afirmación se comprenderá mejor en el próximo capítulo.

RECUERDOS DOLOROSOS

Si dejamos a un lado los casos dudosos, como el del ecuatoriano Jaime Roldós, probablemente asesinado¹⁵, o los que pueden parecer lejanos en el tiempo, como el del guatemalteco Jacobo Arbenz y del iraní Mohammad Mosaddeq, apeados ambos del poder por la fuerza de las armas, hoy es de sentido común recordar a John F. Kennedy y a Salvador Allende, dos demócratas que intentaron hacer algo positivo con el respaldo de las urnas.

¿Por qué fue abatido John F. Kennedy en Dallas? Hoy lo sabemos. Pretendía poner fin a la guerra de Vietnam, quería normalizar las relaciones con el régimen castrista y deseaba llegar a un entendimiento con la URSS. El discurso humanista que pronunció el 10 de junio de 1963 en la American University de Washington, el llamado “discurso de la paz”, fue interpretado como una prueba de que realmente quería hacer algo nuevo, y eso sí que no. Por su parte, el médico socialista Salvador Allende fue víctima del golpe de Estado de Pinochet, patrocinado por los Estados Unidos y la oligarquía local.

¹⁵Jaime Roldós, presidente electo de Ecuador, un socialdemócrata serio, perdió la vida al precipitarse a tierra su avión. Oficialmente, se trató de un accidente, pero se sospecha que fue un asesinato. Véase John Perkins, *Confesiones de un gángster económico*.

También es de rigor recordar los asesinatos de Martin Luther King, Robert Kennedy, Aldo Moro y Olof Palme. Los cuatro fueron eliminados *antes* de que pudieran hacer algo decisivo. Los cuatro, cada uno a su manera, pertenecen a la historia de la indignación que estamos llamados a continuar.

Odiado por su lucha contra la segregación racial, Luther King preparaba una *marcha de los pobres*, que, venidos de todas partes, acamparían, según sus planes, delante la Casa Blanca. Se trataba de que los pobres se hicieran visibles, con la consiguiente sacudida moral. En ello estaba cuando le pegaron un tiro en Memphis¹⁶.

Robert Kennedy, un hombre del sistema pero finalmente un indignado, pagó con la vida su condición de candidato progresista a la presidencia de los Estados Unidos. ¡No fuera a hacer algo, quizá incluso esclarecer el asesinato de su hermano!¹⁷ El democristiano Aldo Moro fue eliminado por su disposición a llegar a un acuerdo con los comunistas. Se cargó su asesinato en la cuenta de las Brigadas Rojas, y luego resultó que previamente había sido amenazado de muerte en Washington y que fue víctima de una “operación encubierta”¹⁸. Olof Palme fue baleado en la calle por su decidida oposición al neoliberalismo, al apartheid y a toda forma de barbarie. Y desde entonces no ha habido otro Palme en el campo de la izquierda, como no ha habido otro Moro en la derecha.

¹⁶Como en el caso del presidente Kennedy hay una versión oficial y otra extraoficial, la única creíble, francamente tenebrosa. Véase William F. Pepper, *Un acto de Estado, la ejecución de Martin Luther King*, Foca, Madrid, 2003.

¹⁷Véase David Talbot, *La conspiración. La historia secreta de John y Robert Kennedy*, Crítica, Barcelona, 2007.

¹⁸Daniele Ganser, *Los ejércitos secretos de la OTAN, La operación Gladio y el terrorismo en Europa occidental*, El viejo topo, 2005, p. 126 y ss.

CONCLUSIÓN

No podemos ignorar en qué clase de mundo vivimos.

Tal y como están las cosas, ninguna acción aislada, ningún triunfo electoral, nada parece ofrecer garantía alguna de que se pueda pasar de las buenas intenciones a los hechos. *Por eso experimentamos la imperiosa necesidad de llevar a cabo una revolución humanista a empezar por uno mismo.* Porque esto sí que está en nuestra mano, y porque, en contra de lo que se suele creer, es el *único camino seguro para transformar la realidad*, según demuestra la historia, como veremos a continuación.

Es nuestro deber actuar aquí y ahora, organizarnos y no dejarle pasar ni una al poder establecido: necesita nuestra indignación para no volverse definitivamente loco. Pero también hay pensar y actuar con sentido de futuro.

IV

TRES MOVIMIENTOS HUMANISTAS, TRES EJEMPLOS

La Revolución Francesa, la Revolución de Octubre y las que de un modo u otro intentaron copiarlas no nos ofrecen ninguna indicación sobre el camino a seguir. Los tiempos de la toma de la Bastilla han quedado atrás, como los del Asalto al Palacio de Invierno.

En cambio, haremos bien en fijarnos, en busca de inspiración, en tres movimientos de formidable alcance: *el movimiento estoicocristiano de principios de nuestra era, el movimiento ilustrado del siglo XVIII y el movimiento que, continuándolos, se materializó a partir de 1945*. Hay mucho que aprender de ellos en esta hora, en la que es tan fácil sucumbir al desánimo.

Los tres fueron *movimientos humanistas*, los tres surgieron del dolor y la indignación, cuando una forma de vida se había agotado, cuando el sistema de creencias imperante hacia agua por todas partes, es decir, en situación parecida a la que nos toca vivir a nosotros. Y los tres modificaron drásticamente el orden de las prioridades humanas, cuando parecía

imposible. Lograron imponerse a pesar del tremendo aparato represivo que se encontraba a disposición del poder establecido. Lo de menos es que se quedaran a medias o que dieran lugar a desarrollos indeseables. *Lo importante es que les debemos la parte habitable de nuestro propio mundo. A lo que hay que añadir que la revolución de los muy ricos debe ser considerada una traición alevosa a lo que esos movimientos aportaron a la humanidad.*

LOS ESTOICOS EN ACCIÓN

A principios de nuestra era, las calzadas romanas sirvieron para la difusión del estoicismo y del cristianismo, dos movimientos hermanados en el origen, aunque sólo fuera porque los predicadores estoicos prepararon el terreno para que los cristianos fueran escuchados. Vistas las cosas desde arriba, desde el poder, nadie hubiera podido predecir que esos pordioseros que iban andando con pocas posibilidades de llegar a ninguna parte, fuesen a conquistar el corazón de Roma.

Los estoicos creían que, más allá de las apariencias, hay un mundo perfecto, con el que es posible ponerse en sintonía si uno se vuelve hacia sí mismo y da de lado a los intereses materiales. Sin hacer ningún caso a la doctrina oficial del Imperio, aseguraban que todos los seres humanos son iguales ante la humanidad. Esta apreciación tenía que ver con su condición de hijos del exilio. El imperio romano se habían llevado por delante todas las barreras étnicas, habían quebrantado tradiciones, y ahora, encima, era incapaz de proteger de sí mismo a las gentes que vivían en su vasto espacio de dominación. Se entiende, por lo tanto, que las apelaciones a la humanidad resultasen muy atractivas.

Pacíficos y reflexivos, los estoicos modificaron con sus predicaciones la sensibilidad de sus contemporáneos, en sentido humanista. El famoso médico Galeno, un estoico tardío, no podía soportar que su madre mordiese a las criadas en sus raptos de furia. Lo humano era saber dominarse. Esta nueva actitud se difundió sin encontrar obstáculos entre los distintos pueblos. *Era una filosofía para todos*, y ni siquiera las barreras de clase pudieron frenarla. Al final llegaría a haber un emperador estoico, el inolvidable Marco Aurelio. Nadie lo hubiera podido predecir.

EL MENSAJE DE JESÚS DE NAZARET

Reelaborado por Pablo de Tarso, el mensaje pacifista de Jesús de Nazaret, era también para todos y, contra toda lógica, tras tremendas persecuciones, el cristianismo se convirtió en la religión del imperio, primero con el emperador Constantino y luego con Teodosio.

Para los cristianos, todo ser humano, de cualquier etnia o clase social era un hermano, un hijo de Dios. Para el estudioso de la historia nada más sorprendente que la conquista del poder por parte de quienes aspiraban a ser como las florecillas del campo. No pudieron ser frenados por los guardias del Imperio ni tampoco por los leones del circo.

Los cristianos consiguieron modificar la sensibilidad de millones de personas y dar un nuevo sentido a sus vidas. Si la gente no hubiera estado harta de violencia, harta de los desafueros imperiales, no habrían tenido tanto éxito. De ellos se aprende, como de los estoicos, que lo primero es cambiar uno mismo, diga lo que diga el poder establecido, haga lo que haga. Los cristianos tenían algunas ideas sorprendentes, pero el núcleo de su mensaje era de buena ley, comprensible para

todos: *amaos los unos a los otros, no le bagas a tu prójimo lo que no quieres que te bagan a ti*. Los efectos de aquel movimiento humanista, iniciado sobre bases aparentemente tan endebles, llegan hasta nuestros días.

EL MOVIMIENTO ILUSTRADO

El segundo movimiento humanista de efecto perdurable dio comienzo durante el siglo XVIII, el Siglo de las Luces, y se plasmó en la filosofía de la Ilustración. También en este caso se produjo una profunda modificación de la sensibilidad.

Si los estoicos y los cristianos habían tenido que vérselas con la barbarie imperial, los ilustrados se vieron marcados por la barbarie del siglo XVII. ¿Cómo olvidar la Guerra de los Treinta Años, el enfrentamiento fratricida entre reformistas y contrarreformistas? ¿Cómo olvidar los horrores de la guerra de religión que asoló al reino de Inglaterra en forma de guerra civil? Con apoyatura en la razón y en el método científico, los ilustrados fueron de frente contra la superstición y contra el fanatismo, rechazaron la tortura y también el poder absoluto, supuestamente venido de Dios. Los modales cambiaron y se refinaron. La *tolerancia* se convirtió en una virtud. La libertad de conciencia, la libertad de expresión, la libertad de imprenta, todo venía en el lote.

Estas ideas no le hicieron ninguna gracia al poder. Consciente de lo que se jugaba, Locke escribía sus anotaciones en tinta invisible y publicó su *Carta sobre la tolerancia* sin firmar. Grocio y Diderot fueron encarcelados; Voltaire fue molido a bastonazos; Rousseau padeció los rigores del exilio. El orden establecido parecía indestructible, sus medios de represión eran terribles, pero aquello no se pudo parar, *por ser de lo más razonable*.

Por primera vez en la historia, el ser humano fue capaz de darse a sí mismo unos derechos. Como para los estoicos, ahora todos los seres humanos eran iguales ante la humanidad. Quedaba invalidada la vieja sociedad jerárquica. *El cambio político fue una consecuencia, algo que caía por su propio peso.* El proyecto ilustrado, que incluía la paz perpetua entre las naciones, era para toda la humanidad. La clave de la elevación colectiva residía en la educación y en la difusión del saber. Tomemos nota de todo ello.

EL TERCER GRAN MOVIMIENTO HUMANISTA

Tuvo lugar al término de la Segunda Guerra Mundial, cuando nuestros padres o abuelos, hartos de violencia, desearon un mundo mejor, *más humano*. Bastó con echar mano de la herencia de la Ilustración, con refrescar algunas ideas del cristianismo original *y con el común deseo de no querer parecerse en nada a los nazis.*

Tras dos guerras mundiales casi seguidas, se diría que asustada de sí misma, la humanidad pareció estar en situación de sobreponerse a la barbarie de una vez por todas. Había que relanzar los ideales de la Ilustración, entre ellos el sueño de la paz perpetua. No faltaron las personas que se dejaron llevar por un deseo de venganza. Pero el bando humanista se impuso en toda la línea. La mejor prueba de ello es que se empezó la reconstrucción de Europa por el Ruhr y que se puso a punto un sistema económico y político cuya meta era la cohesión social y no la rapiña generalizada característica de la fase neoliberal.

De la mayor importancia para nosotros fue la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948. No estaríamos tan indignados si no fuera porque la humanidad alcanzó ese

alto nivel de exigencia ética y de conocimiento de sí misma. Y tampoco estaríamos tan indignados si esos derechos se hubieran respetado, si la revolución de los muy ricos no hubiera aventado las últimas esperanzas de verlos operativos. Tanta importancia concedemos a ese documento que, como programa mínimo a seguir, no necesitamos más. El lector lo encontrará, íntegro, en el Anexo I.

LA HISTORIA NO NOS DARÁ FACILIDADES

Los años de la posguerra nos recuerdan que la humanidad, cuando todo parece perdido, es capaz de reaccionar positivamente. Ahora bien, la historia no nos dará facilidades. El horror de entonces, claro y distinto, había afectado a muchísima gente y no sólo a los de siempre, y por otra parte, dato capital, los líderes de la victoria sobre el Tercer Reich, cargados de autoridad, carecían de las servidumbres que caracterizan a los líderes políticos actuales.

Esos líderes se debían a sus respectivos pueblos y tenían un sentido histórico que hoy brilla por su ausencia. Eran conscientes de que el fascismo y el nazismo habían surgido consecuencia de los garrafales errores cometidos al término de la Primera Guerra Mundial, como eran conscientes de que el crac del año 1929 no había sobrevenido por casualidad sino a consecuencia directa de los excesos del capitalismo salvaje. Y sabían que la democracia no puede sostenerse en una sociedad marcada por la injusticia y la desigualdad. Además, dato capital, no podían ignorar la gravitación de la Unión Soviética. Hoy no existe nada parecido, y el único límite que se divisa en el horizonte del capitalismo salvaje es de tipo ecológico.

Habría sido una locura dejar a millones de veteranos de guerra en un rincón lamiéndose las heridas. Esa gente no estaba para bromas. Había que ofrecerles algo a cambio del esfuerzo realizado y había que contar, además, con un dato que se suele pasar por alto: la guerra había roto las barreras entre las clases, pues ricos, burgueses, proletarios y simples pobres habían luchado hombro con hombro contra los nazis. Restablecer la vieja sociedad clasista era una quimera. Y además había que dejar bien claro, ante los comunistas del mundo entero, que las cosas se hacían mucho mejor en libertad. Si la revolución de los muy ricos que nos está matando fue orquestada por una minoría, sin el menor respeto por el bien común, la revolución humanista de después de la guerra obedeció a una convergencia de los intereses de la clase dirigente con los del pueblo llano, que presionó fuertemente desde abajo. *La creación de la clase media, el gran logro de este período, fue, desde luego, como la revolución de los muy ricos, una obra de ingeniería social, con la diferencia de que dicha ingeniería fue puesta al servicio del bien común.*

Siendo la cohesión social una meta deseada por muchos, la creación del llamado Estado de Bienestar o Estado de Servicios no topó con ninguna dificultad insuperable. A nadie se le ocultaba que era necesario como parte de la legitimación del sistema. De máximo interés para nosotros es recordar que, en lo tocante a Europa, dicho estado se empezó a construir en las peores circunstancias. El Reino Unido estaba en la ruina cuando creó su sistema sanitario universal, pequeño detalle que los rapsodas del capitalismo salvaje han tenido el mal gusto de ocultar a las jóvenes generaciones.

Para crear una gran clase media, para poner al proletariado en condiciones de ser absorbido por ella, no se podía dar rienda suelta a los tiburones de las finanzas ni volver a los

usos y costumbres económicos del siglo XIX. Con apoyatura en los acuerdos de Bretton Woods, se sentaron las bases del proyecto económico de la posguerra, basado la *economía mixta*, también llamada economía social de mercado. Esta fue la fórmula que hizo posible la prosperidad de los años cincuenta y sesenta. Aquello costaba caro, desde luego, pero nadie osó oponerse. Se construyeron infraestructuras de uso común, se levantaron formidables hospitales públicos, se crearon redes asistenciales nunca vistas, se invirtió en educación, se dio alas a las universidades del Estado, con sentido de futuro, con la vista puesta en el dinamismo resultante. Mejor tratados que nunca, los obreros pudieron enviar sus hijos a la universidad y disfrutar de vacaciones, privilegios antaño reservados a la clase alta. Esto, que de seguir las cosas así, mañana será imposible, llegó a ser de lo más normal.

Por ese camino no se llegaría a la sociedad sin clases, pero sí a algo parecido. A cambio de un pequeño reparto del pastel, los hombres de negocios dejaron de sentirse sobre un barril de pólvora y la gente corriente hizo la vista gorda ante las desigualdades inherentes a lo que, no se nos olvide, era un sistema capitalista. La triada democracia, cohesión social, crecimiento económico funcionó a pedir de boca. Lo único que no salió bien desde la óptica del poder fue que aquello no dio por resultado una sociedad conformista.

LA DÉCADA PRODIGIOSA

El movimiento humanista de la posguerra, basado en el anhelo de un mundo mejor y en las aludidas realizaciones prácticas, entró en una fase de esplendor durante los años sesenta, cuando llegaron a la edad adulta los hijos de las generaciones que habían luchado en la guerra. Eran, desde luego,

los principales beneficiarios de los recursos destinados a la creación de la clase media. Llegaba, pues, la época de la cosecha. Estamos hablando de una generación que había sido educada en la creencia, cultivada por los padres, de que la doctrina de las cuatro libertades¹⁹, por la que ellos habían luchado, se hallaba en trance de cumplimiento. La propaganda nos ha inculcado la idea de que esos hijos de la opulencia eran unos egoístas y unos holgazanes, con la intención de ocultar la *raíz ética* de las protestas de aquellos años.

¿Acaso se podía permanecer insensible ante la segregación racial y las bolsas de miseria denunciadas por Michael Harrington en su célebre libro *La otra América*? ¿Y qué era eso de ser enviado a Vietnam para arrasar aldeas de cañas y de barro? ¿Qué clase de mundo era éste, en el que había que vivir bajo la amenaza de la bomba atómica, en el que la abundancia norteamericana se encontraba en obvia relación con la explotación de otros pueblos? ¿Acaso hubiera sido correcto quedarse de brazos cruzados ante el *Ku-Klux-Klan*, ante la participación universitaria en la elaboración del agente naranja y ante los vientres hinchados de los niños de Biafra?

Hoy se echa tierra sobre el asunto, porque no interesa que se recuerde a los indignados de entonces ni la moral de la contestación al sistema. Es ya un lugar común confundir las protestas de entonces a ataques de locura, otro truco publicitario. Y para mayor efecto, se reduce el fenómeno de la contestación a los acontecimientos del mayo del 68 francés, como si no hubieran recorrido el mundo de punta a punta, como si los únicos rebeldes hubieran sido los estudiantes de Nanterre.

¹⁹Libres de la miseria y el miedo, gozaríamos de libertad de expresión y de conciencia.

También se ha echado tierra y hasta basura sobre una de las visiones más esperanzadoras de aquellos años. Pues fue justo por aquel entonces cuando se tomó conciencia de que, *con los medios técnicos disponibles*, se podría crear un mundo más justo y armonioso. De ello se hacía eco Doris Lessing, en el *Manifiesto de los jóvenes airados*. Ya no se trataba de una ensoñación a lo Saint-Simon, sino de algo que entraba dentro de lo realizable. Hasta el propio presidente Kennedy reconoció que erradicar el hambre en el mundo era factible, siendo una inmoralidad no poner manos a la obra. Todavía estamos a tiempo, pero sólo si ponemos punto final a la revolución de los muy ricos.

Para nosotros, aquella fue, desde luego, una fase de evidente contenido humanista, en la que se quiso hacer realidad un mundo más pacífico, más solidario, más alegre, más lúdico, más hedonista, más generoso, más libre, menos consumista, más consciente de los límites ecológicos, mucho más centrado en el ser que en el tener²⁰. Y no nos quepa la menor duda de que todavía estamos en deuda con las conquistas de aquellos años, contra las que han tenido que emplearse a fondo los publicistas de la revolución de los muy ricos, no siempre con éxito.

LAS ENSEÑANZAS

Primera: Si bien la historia nos enseña que los movimientos humanistas están expuestos a perversiones y desvanecimientos, *nos enseña también que son posibles*. Es más, nos

²⁰En este punto no estamos de acuerdo con la negativa visión que Tony Judt ha proyectado sobre aquellos años. Entendemos que, contrariamente a lo que él afirma en *Algo va mal*, la solidaridad prevaleció sobre el egoísmo, por lo que toca a todos los movimientos progresistas de los sesenta.

enseña que se producen en situaciones extremas, cuando el poder establecido se cree invulnerable.

Segunda: *Los cambios políticos se ven precedidos por una modificación íntima de la sensibilidad de millones de personas, basada en un ideario sencillo, comprensible para cualquiera.*

Tercera: Ningún movimiento de este tipo se ha hecho con la vista puesta en el éxito, que siempre se ha dado por añadidura.

Cuarta: Es de rigor que nadie se vea excluido. Los tres movimientos que acabamos de evocar no dejaron fuera a nadie y no hicieron la menor concesión al espíritu de venganza. Tomemos nota, porque gracias a esa actitud pudieron ganar para su causa a muchísima gente que nunca había pensado en movilizarse y también, lo que resultó decisivo, a personas situadas en la esfera del poder.

El cristianismo empezó, como el estoicismo antes, como una cosa de pobres gentes, e incluso de esclavos. Con el tiempo, entró por la puerta de servicio en los hogares patrios. La Ilustración fue un asunto de plebeyos y al final se ganó el corazón de una parte de la nobleza. Y lo mismo cabe decir de la revolución humanista que se inició al término de la II Guerra Mundial, un movimiento generalizado, que ganó para su causa a John Meynard Keynes, un señorito, y al inolvidable lord Bedveridge. En su fase avanzada, en los años sesenta, miles de oficinistas y de personas del *establishment* se apuntaron, a tiempo completo o parcial, directa o indirectamente, a modalidades existenciales relacionadas con el movimiento *hippy*.

En ello se esconde una gran enseñanza. Hagamos nuestro trabajo, afanémonos por nuestros ideales humanistas, llevémoslos a la práctica, sin esperar otra cosa que el rechazo del poder, persistamos sin condenar ni injuriar a todos los que se encuentran a su servicio. Con paciencia, a sabiendas de que cuando se produce la convergencia entre la masa de los de fuera, ya cargada de razón, y una porción esclarecida de los de dentro de la ciudadela del poder, *puede* que se produzca un vuelco de la situación, de manera no traumática, que es lo que nos interesa. Por lo tanto, hay que tener el buen sentido de no descalificar a nadie simplemente porque es funcionario, policía o político “del régimen”²¹.

²¹Tómese como ejemplo la presencia de Joseph Stiglitz en una asamblea de indignados madrileños. Se tuvo el buen juicio de no desairar a este economista por sus antecedentes –premio Nobel, ex director del Banco Mundial–, por su vinculación al sistema. Como es obvio, hacen falta muchos Stiglitz, y cederle el micrófono fue un acierto. En cambio, fue un lamentable error insultar y rociar con agua a Cayo Lara, el dirigente de Izquierda Unida, cuando fue a manifestarse, como un indignado más, contra el desahucio de una familia en el madrileño barrio de Tetuán. ¡Simplemente por ser un político! Grave error. Nos hacen falta todos los políticos de buena voluntad.

V

A VUELTAS CON EL LIBERALISMO

Si tenemos en cuenta los logros de los años sesenta -por ejemplo, los avances en orden a la liberación de la mujer, el final de la vergonzosa segregación padecida por los afroamericanos y el acuerdo básico sobre la necesidad de erradicar la desigualdad y la miseria-, sorprende que la revolución de los muy ricos pudiera hacerse realidad. Lo tenía todo en contra. Es cierto que no consiguió imponerse en un día, que necesitó emplear asombrosos medios publicitarios y recurrir al soborno y al chantaje, pero se salió con la suya. *Lo que nos obliga a preguntarnos si acaso no había algún fallo, algún punto débil.*

Ningún movimiento humanista ha podido mantener la trayectoria, ni tampoco consolidarse, en parte por la presión de fuerzas contrarias, pero también por deficiencias internas más o menos obvias. A las primeras de cambio, ya en el siglo IV, con motivo del Concilio de Arlés, el cristianismo dejó de considerar sagrada a la persona “en ciertos casos”, abriendo la puerta a los viejos demonios y quedándose indefenso ante

las tentaciones del poder, lo que le llevó a los modos inquisitoriales y a bendecir los cañones. El humanismo ilustrado, tan prometedor, falló también, por haber cometido el error de deificar la razón, lo que tuvo consecuencias antihumanas, entre las que cabe recordar el empleo racional de la guillotina. Ciertos aspectos tenebrosos del comunismo, de sencilla justificación “racional” según la apreciación de Lenin o de Stalin, se pueden contar entre las consecuencias indeseables de ese error.

En cuanto a la revolución humanista iniciada en 1945, vistas las cosas con la debida perspectiva, todo indica que fue una equivocación dejarse llevar por la euforia y creer que, derrotados los nazis, el mal había sido vencido. No hubo un examen de conciencia. La victoria nos hizo demasiado buenos. Antiliberales hasta la médula los nazis y los comunistas, se llegó a la agradable conclusión de que el liberalismo no necesitaba ningún retoque, *un tremendo error*.

UN VISTAZO AL LADO OSCURO

Nos toca pensar y actuar después de Auschwitz y del Gulag, pero también después de Hiroshima. No podemos olvidar que bajo la bandera del liberalismo, la comfortable filosofía de los vencedores, la misma sobre la que todavía se asienta nuestra forma de entender la organización social y política, se han cometido toda clase de atrocidades. Los crímenes del colonialismo, de signo liberal, no pueden ser pasados por alto, ni cabe olvidar que prepararon las matanzas del siglo XX.

La Declaración Universal de los Derecho Humanos, sobre la que deseamos trabajar, *no nos debe ocultar el lado oscuro*

del período de pos-guerra. Hemos prestado atención al lado luminoso, al movimiento humanista que se produjo como reacción a los horrores que acababan de vivirse, horrores que nadie quería para su país ni para sus hijos. Pero no deberíamos idealizar aquella época.

En primer lugar, hay que tener en cuenta que los dirigentes que pusieron en marcha el sistema económico y político que daría lugar a la formidable expansión de la clase media no eran unos santos. Había intereses materiales de por medio: la clase media serviría de muro de contención contra el comunismo y era imprescindible como clase consumidora. En cuanto estos dos propósitos perdieron interés desde la óptica de sus sucesores, la situación dio un vuelco, como hemos visto. Lo que indica que todo reposaba sobre bases endebles.

En segundo lugar, sería pueril cerrar los ojos ante el hecho lamentable de que se diese empleo a nazis conspicuos; sería imperdonable hacer la vista gorda ante el hecho de que se realizaron, al modo del doctor Mengele, experimentos con seres humanos “privados de valor”, para colmo en centros universitarios de prestigio. Y es que el mal es muy contagioso. Alcanzado un determinado nivel en la escala criminal, lo normal es que se vuelva a alcanzar, porque unos criminales aprenden de los otros. *Lo poco que habíamos progresado en el orden moral se vio, con claridad, en los años cincuenta, primero en Kenia, donde los liberales ingleses perpetraron un genocidio en toda la regla, con métodos nazis, y luego en Argelia y en Vietnam, por citar sólo tres ejemplos.*

La creencia de que muerto Hitler se había solucionado el problema era agradable pero peligrosa. Los hechos así lo demuestran. *Para cualquier observador avisado, hay una inquietante continuidad entre el mal de ayer y el de hoy. Y*

precisamente por eso pudo ocurrir que una camarilla desprovista de humanismo nos la jugase a todos sin topar con ninguna defensa moral infranqueable. El hecho de que esta camarilla se considere liberal es algo más que un abuso de confianza por su parte: la hoja de servicios del liberalismo a la causa de la humanidad está francamente sucia²². Hay que hacer algo al respecto, o la palabra liberalismo acabará teniendo para nosotros una sonoridad aborrecible, como la que tuvo para los pieles rojas o para Karl Marx.

EL RESCATE DEL LIBERALISMO

Contemplado el panorama, *se impone la necesidad histórica de salvar la parte noble del liberalismo*, hoy caído en su totalidad en manos de los enemigos de la humanidad.

Es mucho lo que nos jugamos: *rechazar de plano y en bloque al liberalismo equivale a abrazar alguna forma de absolutismo, con la consiguiente merma de la dignidad y de la libertad del individuo, con la consiguiente imposibilidad de vivir en democracia.*

Hoy da la impresión de que “ser liberal” es estar de parte de la revolución de los muy ricos, encaminada a la explotación inmoral de grandes masas humanas. Y da la impresión de que sólo se puede ser liberal a lo Milton Friedman y que ser liberal es algo que empieza y termina en los dominios de la economía. Y no.

En primer lugar, hay que recordar a economistas liberales como John Meynard Keynes, lord Bedveridge o John Kenneth Galbraith, ajenos a la secta de Friedman. Y en se-

²²Véase Domenico Losurdo, *Contrahistoria del liberalismo*, El viejo topo, Madrid. 2007.

gundo lugar, sería el colmo que les cediésemos gentilmente a los neoliberales el monopolio del liberalismo. *Sería una estupidez tan grande como la que cometieron los comunistas al cederle al capitalismo el monopolio de la libertad individual.* Necesitamos el liberalismo, a menos que deseemos renunciar a la democracia y recaer en el absolutismo. Lo que implica la obligación de depurarlo a fondo.

CUESTIONES FILOSÓFICAS

No es éste el lugar para exponer la historia del liberalismo y analizar sus distintas modalidades. Hay que ir directamente a lo principal. El liberalismo fue posible a partir del punto y hora en que el ser humano cayó en la cuenta de que la pretensión de poseer la verdad en términos definitivos es un espejismo. Se abrieron entonces nuevos horizontes, en todos los sentidos, se respiró aire fresco. Pero, claro es, hubo que pagar un precio por tan espectacular conquista intelectual.

La posibilidad de hacernos con una moral absoluta se desvaneció y, en adelante, la humanidad ha tenido que conformarse con cierto *relativismo moral*. Dicho relativismo legitima una gran variedad de enfoques y matices, autoriza distintas formas de ser, obliga a respetar las diferencias, impone la tolerancia, liquida el fanatismo, cierra el paso al absolutismo, pero, al mismo tiempo, deja entreabierta la puerta al *inmoralismo*, a menos que uno tenga la precaución de cerrarla con llave.

Si nos remontamos a los padres del liberalismo, a John Locke por ejemplo, nos llamará la atención su buen sentido político, su respeto por el individuo, su compromiso con la libertad, su amor a la humanidad, pero nos dejará estupefactos su forma de aprobar el tráfico de esclavos y de razonar a favor

de la ocupación de las tierras de los indios so pretexto de que no estaban cultivadas... Según su autorizado criterio, hasta era lícito matarlos. He aquí uno de los peligros del relativismo moral: al menor descuido, el probo sujeto, un modelo de sensatez y buen sentido político, se comporta como una bestia, al parecer sin necesidad de cambiar de piel.

Y es que hay un *pequeño paso* entre el relativismo moral y el inmoralismo puro y duro. Si lo tenemos en cuenta nos extrañaremos menos al recordar que Winston Churchill se declaraba partidario de usar “gases venenosos contra las tribus incivilizadas”, y menos también al recordar el liberalismo se ha visto involucrado en crímenes contra la humanidad tanto económicos como militares. No es nada sorprendente que la revolución de los muy ricos haya sido hecha bajo la enseña liberal. En la trastienda, fue muy fácil combinar el relativismo moral característico del liberalismo con el inmoralismo de Maquiavelo. Bastaba con echar mano de las páginas más oscuras de John Locke.

Sin embargo, *necesitamos el liberalismo, y también el relativismo moral*. Si no se hubieran conquistado tan altas cimas, no tendría ningún sentido hablar de tolerancia y no habría habido manera de quitarnos de encima a la Inquisición. *El relativismo moral debe ser asumido como parte de la experiencia de madurez y, a continuación, debemos ponerle los límites humanistas*, como veremos en el próximo capítulo.

Aquel que va por la vida con la certidumbre de tener un acceso privilegiado a la verdad, como aquel que iba creyéndose al habla con Dios, siempre se sentirá autorizado a imponerle al prójimo lo que le venga en gana, y no puede ser un humanista serio, pues no está en condiciones de respetar a nadie.

La tolerancia frente al que no piensa como uno, frente al que es distinto, es lo más valioso del liberalismo, lo que se opone al absolutismo, lo que abrió la puerta a la construcción de un sistema político abierto a la pluralidad de sensibilidades propia de una sociedad libre e igualitaria.

¿Adónde podría llevarnos la indignación si nos creyésemos en posesión de la verdad en todos los órdenes? ¡Mejor no pensarlo! Sin tolerancia, sin pluralidad, sin respeto por el diferente, no hay democracia posible.

VI

EL HUMANISMO DEL SIGLO XXI

A poco que reflexionemos, veremos que el *humanismo* es el único antídoto contra la desvalorización del ser humano que ha hecho posible la revolución de los muy ricos. Además, sólo él puede salvar al liberalismo de sus propios yerros y servirnos de apoyatura para llevar a cabo una radical subversión de la escala de valores vigente. Y también es necesario para poner límites a la razón, tantas veces desbocada, esto es, para actualizar la imprescindible herencia de la Ilustración.

Si queremos neutralizar los efectos de varias décadas de predicación neoliberal, si deseamos reiterar la proeza de los primeros cristianos y de los ilustrados, necesitamos una doctrina sencilla, sabia y de proyección universal. Nosotros creemos verla en el humanismo, al que se apela cada vez con mayor frecuencia, bien que de manera informal.

Para nosotros, “humanista” -por citar a Sartre- es aquel que “toma al hombre como fin y como valor superior” (ya con la idea de ponerse de su parte y de no emplearlo jamás como medio, añadimos nosotros, kantianamente). Que el ser

humano quede firmemente establecido en la cima de nuestra escala de valores, que aquellos valores que han usurpado su sitio se precipiten por dicha escala hasta el peldaño que les corresponda. *Y conste que no estamos hablando de elevar a lo más alto a un ser humano abstracto. Ese sitio corresponde a las personas concretas, nacidas aquí o en Burundi. El buen sentido de nuestra indignación depende de que llevemos a cabo, alma adentro, esta drástica modificación de la escala de valores vigente.*

EL HUMANISMO Y SUS VARIANTES

Ahora bien, no se nos debe ocultar que el humanismo es un credo impreciso, pendiente de actualización. Sobre lo que podemos considerar un humanismo espontáneo se encabalgan distintas variantes, la judeocristiana, la musulmana, la budista, la socialista e incluso la liberal. A ratos da la impresión de que todos somos humanistas, y que izar esta bandera no quiere decir nada. Si les preguntásemos a los neoliberales si acaso están en contra de las personas, nos contestarían que no, y hasta nos recordarían la contribución teórica del liberalismo a la causa del humanismo. No es casual, por lo tanto, que Erich Fromm reclamase un “humanismo serio” y que Iván Illich nos propusiese un “humanismo radical”.

Tan convencido como nosotros de que, una de dos, o nos abrazamos al humanismo o seremos víctimas de la barbarie, Erich Fromm nos urgía a retornar a la tradición judeocristiana, a revivirla apasionadamente. El mismo consejo nos han dado los pocos filósofos que en lugar de hacerse los interesantes se han atrevido a plantar cara a la desvalorización del ser humano. Entendemos, por supuesto, la propuesta. Entendemos que Fromm, como antes Jaspers o Mounier, sa-

liese enérgicamente al paso del utilitarismo amoral característico de nuestra época. Y no olvidamos que el cristianismo le hizo un gran servicio a la humanidad al declararnos hijos de Dios y, por lo tanto, hermanos, es decir seres valiosos, seres sagrados. Le debemos mucho a esa fantasía. Ahora bien, no cabe pasar por alto cinco elementos de juicio que ponen en cuestión la actualidad de esta propuesta.

OBJECIONES A LA PROPUESTA DE FROMM

En primer lugar, la tradición judeocristiana no nos ha ahorrado el camino de espinas y no está libre de responsabilidades, como nos hizo notar Bertrand Russell en *Por qué no soy cristiano*.

En segundo lugar, hay que recordar que los propios teólogos dejaron bien sentado que, en último análisis, el cristianismo *no es un humanismo*. ¿Cómo podría serlo, si dirige su vista a Dios?²³

En tercer lugar, esa tradición -básicamente, la de un pueblo guerrero- ha llevado a colocar a la mujer en situación de inferioridad, algo para nosotros intolerable e incompatible no sólo con la justicia sino también con nuestra madurez intelectual.

En cuarto lugar, topamos con el problema de la fe. Aunque mucha gente se aferre a la Biblia y hasta se la tome al pie de la letra, la Edad Media quedó atrás. No vamos a ninguna parte haciendo ver que creemos. En el supuesto caso de que se lograse que los pueblos volviesen a experimentar el

²³Véase, por ejemplo, Raimundo Panikkar, *Humanismo y cruz*, Rialp, Madrid, 1963.

temor de Dios, no habríamos adelantado nada si nuestros primates se lo toman a broma.

En quinto lugar, ya sabemos lo que pasa cuando, perdida la fe, se cae en la tentación de poner en el sitial del viejo Dios, de pronto vacante, a cualquier intruso de ocasión, indefectiblemente para mal. ¿Qué fueron la razón, la historia, la evolución, la patria, el partido, el dinero o el mercado sino unos intrusos? ¿No va siendo hora de dejar atrás la necesidad de adorar tales cosas, creadas o encontradas por nosotros mismos? Más nos vale, porque las consecuencias de deificar lo que no lo merece ha tenido por consecuencia una sucesión de horrores.

UN HUMANISMO LAICO Y MATERIALISTA

Así pues, creemos que el humanismo del siglo XXI debe ser materialista y laico, esto es, basado en los vínculos emocionales e intelectuales que entretejemos entre nosotros, sin ningún rodeo por los cielos ni por los enrarecidos estratos de la metafísica.

Estamos hablando de un humanismo de madurez, ya conscientes de los límites del conocimiento humano y de nuestra condición de moradores de un planeta expósito. No es cierto que la causa del ser humano sólo pueda ser defendida desde la inocencia o la ignorancia. Al contrario, sólo puede ser defendida con eficacia sobre la base de nuestro saber.

Al apostar por un humanismo laico y materialista, no perdemos la esperanza de entendernos con quienes lo cultivan sobre otras bases, si no nos rechazan. Y algo más: *es probable que este humanismo materialista y laico obligue a los otros*

a dar lo mejor de sí, a no dormirse sobre los laureles, a ir más allá de las palabras bonitas.

EN AUSENCIA DE FE RELIGIOSA

Alguien nos dirá que, en ausencia de fe, no es posible devolver al ser humano el valor que tuvo en los viejos tiempos, al amparo del viejo relato. Le diríamos que no esté tan seguro. Todo depende de que uno se conceda a sí mismo un alto valor o, en su defecto, de que se lo conceda a alguno de sus seres queridos.

En cuanto animales parlantes, los seres humanos tienen el mismo valor, siendo moralmente intolerable esclavizarlos. Entonces, yo valgo lo mismo que mi prójimo y no le demos más vueltas. Lo sabemos desde hace dos mil quinientos años, desde que Protágoras anduvo por aquí.

Los estoicos nos veían igualmente valiosos ante la humanidad, enfoque que retomaron los ilustrados hace tres siglos. Y conste que ya no estamos ante un sueño: la genética de poblaciones nos ha puesto en pie de igualdad, barriendo de un plumazo toda clase de mitos insanos. Y por cierto que también valemos lo mismo ante la vida, ante las estrellas y ante la muerte. El valor que uno se concede a sí mismo se hace, por lo tanto, automáticamente extensible al conjunto de la humanidad.

Sin embargo, podría ocurrir que alguien nos dijese que, valorándose mucho, no nos valora nada. No nos impresionaría, porque no estamos haciendo metafísica ni trazando círculos. Sabemos que hay que elegir, y estamos completamente seguros de que los indignados no entrarán en el juego de semejante listillo.

DESCUBRIENDO NUESTRO POTENCIAL

Por otra parte, es de hacer notar que el humanismo tal como aquí se entiende, aparte de rescatarnos del utilitarismo amoral y de poner un límite al liberalismo donde le falta, cumple una función importantísima. Sin él, nuestra indignación correría el peligro de desvariar e incluso de degenerar en mera impotencia, en rencor. La indignación a secas no es de fiar (Hitler y Stalin empezaron así, indignándose).

Falta lo principal: puestos ya de parte del ser humano desde la perspectiva de un humanismo laico y materialista, se puede hacer justicia a nuestro potencial, se puede concebir la esperanza de que hagamos un uso positivo de la asombrosa plasticidad que nos caracteriza. Y no estamos hablando sólo del respeto que debemos a quienes no se han formado en el seno de nuestra cultura, un respeto ya asumido desde el primer momento. Nos referimos a algo que los teóricos asociados a la revolución de los muy ricos se empeñan en ocultarnos por medio de una torticera apelación al determinismo genético. *Contrariamente a lo que ellos nos dicen, resulta que todo ser humano está, precisamente por sus genes, admirablemente equipado para alcanzar las cotas más altas. Nuestra responsabilidad como creadores de lo humano va mucho más allá de lo que ellos están dispuestos a admitir.*

Si ya es criminal privar a una persona de abrigo y de alimentos o reducirla a la esclavitud, lo es también negarle los medios para que pueda desarrollar al máximo su potencial. El pobre niño africano que hemos visto agonizar sobre el suelo reseco y con un buitre a la espera, podría haber llegado, en mejores circunstancias, a deleitarse con los logros de Einstein, Beethoven o Picasso, e incluso a continuarlos o su-

perarlos. Debemos exigir que se devuelva a cada ser humano todas las dimensiones existenciales que le corresponden. *Sencillamente, es inmoral que una minoría acapare las posibilidades de esparcimiento intelectual, creativo, estético y lúdico.*

ESTO NO ES UNA UTOPIÍA

Como parte de la revolución de los muy ricos se ha puesto de moda tildar de utópica, para descalificarla, cualquier propuesta de cambio. Recuérdese que la publicidad va encaminada a que nos sintamos en el único mundo posible. Habrá quien diga que esto del humanismo es “pura utopía”, por lo que se imponen algunas precisiones.

Los estoicos, los cristianos y los ilustrados nos han enseñado que los cambios que empiezan *por uno mismo* nada tienen de utópicos. Los cristianos fueron cristianos en las catacumbas y ante las fauces de los leones. No necesitaron la conversión de Constantino ni menos aun la Segunda Venida de Cristo para comportarse como tales. Los ilustrados fueron ilustrados sin esperar a que el poder establecido les echase una bendición. Bien entendida, la indignación implica un cambio personal aquí y ahora, con independencia de las circunstancias. En este sentido, no estamos dando vida a un movimiento utópico.

Lo que no quita, por supuesto, para mirar más lejos, hacia metas lejanas, como también hicieron los cristianos y los ilustrados. Y claro que estamos más cerca de la forma de soñar de éstos quede la de aquellos. Cuando los ilustrados soñaban con un mundo mejor, no estaban pensando en el cielo sino en la tierra. Apostaban por la dignidad humana, un bien real, y confiaban en los beneficios de la educación y de la difusión

del saber. Es decir, soñaban dentro de las coordenadas de lo real-posible, por usar la acertada expresión de Hermann Bloch, en las que debemos mantenernos en todo momento.

Así pues, ¡contra la revolución de los muy ricos, revolución humanista radical!

VII

LA MORAL HUMANISTA

En cuanto se pone al ser humano en la cima de la escala de valores, se produce, de manera automática, un esclarecimiento moral, presidido por una regla muy sencilla: *Si algo no es bueno para el ser humano, es malo, y no se debe hacer ni tampoco consentir*. Por ejemplo:

- Es moralmente inadmisibile bombardear una ciudad so pretexto de atrapar a un solo hombre, se llame Noriega, Milosevic, Bin Laden, Sadam Hussein o Gadaffi.

- Uno no se puede presentar ante las Naciones Unidas y mentir para meter al mundo en una guerra.

- No se puede matar a la gente de hambre a fuerza de cultivar colza para alimentar las vacas de unos carnívoros que viven en la otra punta del globo.

- No se puede celebrar la energía atómica, dando a entender que es limpia y eficiente, la única solución a nuestros problemas energéticos, y ocultar los accidentes (Chernobil, Fukushima...) y sus repercusiones, como no se puede ocultar el peligro de los residuos y el daño directo a las personas que

participan en la minería y en el procesado del uranio o se ven alcanzadas por los efectos de estas actividades sobre el entorno. Los daños personales representan una objeción definitiva, lo mismo que el peligro de legar a nuestros descendientes un mundo inhabitable.

- Es criminal encubrir la decisiva participación de los especuladores en el encarecimiento de los alimentos por el expediente de echarle la culpa a que los chinos y los indios comen mejor que antes.

- Es inmoral cargar en la espalda del contribuyente el montante de la juerga que se han corrido los creadores de la pirámide de Ponzi que acaba de derrumbarse.

- Es moralmente inadmisibile que se desahucie a una familia para darle el gusto a unos banqueros.

- Es inmoral ser los “testigos silenciosos” de lo que está ocurriendo en el mundo, mirar hacia otro lado como hacían muchos alemanes en la época de Hitler ante el horror de la matanza de inocentes en los campos de concentración. Es inmoral callar, no denunciar, como si las guerras, el hambre, la pobreza o la muerte de tantos niños en África (14.000 al día según un informe de la UNESCO) no fuera con ellos.

- Es inmoral que a la hora de recortar gastos, se empiece por perjudicar a los más débiles, como acaba de hacerse. Todo eso es malo e indignante, se aduzcan tales o cuales razones.

LA SUPERIORIDAD DEL HUMANISMO

Con respecto al neoliberalismo imperante, cuyo contenido ético se reduce a un utilitarismo amoral cuya regla de oro es que el pez grande se debe comer al chico, la superioridad del

movimiento de los indignados, en lo que tiene de humanista, es aplastante. Casi no hay paso que den los neoliberales que no sea un paso de consecuencias inmorales más o menos inmediatas.

Y esto es de la mayor importancia, pues precisamente de lo que se trata es de desplazar la lucha al terreno moral, donde los agentes de la revolución de los muy ricos no tienen nada que hacer, y menos si hacen uso de sus recursos violentos.

Y esto es definitivo, porque de las razones de tales agentes no hay nada que temer: *no tienen ninguna de tipo presentable*. Como ya se dijo, los promotores de la revolución de los muy ricos, y sus muy diversos asociados y cómplices, tienen en su contra no sólo la moral que corresponde a un humanismo laico y materialista, porque *tienen en su contra la moral de todos los movimientos humanistas que nos han precedido*.

A SOLAS CON LA PROPIA CONCIENCIA

Ante las evidentes injusticias y tropelías que nos salen al paso es muy fácil moralizar. Cuando uno no tiene nada que ver, es facilísimo. La cosa se complica cuando a uno le toca hacerse cargo de su propia conducta en las circunstancias dadas.

Habrá que estar en disposición de hacer esfuerzos y arros-trar incomodidades para no quedar en falta ante uno mismo, e incluso habrá que estar en disposición de realizar actos de tipo heroico, de esos que el sentido común desaconseja.

Como los santos de ayer, los humanistas indignados de hoy se verán expuestos a pruebas y a tentaciones innumera-

bles. Todo depende de la materia de que se trate y de la situación en que uno se encuentre. Pongamos por caso que uno trabaje como funcionario, por ejemplo como policía o como agente judicial: es probable que no le falten los problemas de conciencia. ¿Se puede proceder violentamente contra unos manifestantes pacíficos o desahuciar a una familia que por el impago de unas cuotas? La moral humanista es muy exigente. Obliga a renunciar a la disculpa de que uno “es un mandado”, y no permite escudarse en la frasecita “no es nada personal”.

Una moral humanista no confiere los márgenes de actuación característicos del utilitarismo. No permite trabajar en una fábrica de armamentos con la conciencia tranquila. No permite consumir alegremente objetos fabricados por personas desamparadas. Y no autoriza a quedarse de brazos cruzados ante las injusticias que sufren los demás. Uno se ve obligado a rechazar cualquier complicidad con el negocio de la explotación humana, incluso al precio de perjudicarse a sí mismo. Esta moral nada tiene que ver con la “moral del éxito”.

El humanista cree en la solidaridad y en el potencial de la ayuda mutua, y es insensible al mandato de “sálvese quien pueda”. No confunde nuestra vida con la lucha de unas fieras por un pedazo de carne. Asume el compromiso de velar por el bienestar de nuestra especie y del planeta que le sirve de morada. A ello está obligado desde ahora mismo, sea poco o mucho lo que esté en su mano hacer, haga lo que haga el poder.

Tenemos, pues, que recuperar una dimensión olvidada de la moral, largamente alejada de la pregunta sobre qué es una vida buena. *Tenemos que recuperar la moral como instrumento de desarrollo personal, rescatándola de la función puramente represiva que le ha sido encomendada. Lo que importa es el ser, no el tener.*

Más abajo hablaremos del cuidado del planeta y del de-
crecimiento. Es evidente que no se puede cambiar nuestra re-
lación destructiva con la naturaleza, *si uno no está dispuesto
a vivir con relativa sencillez*. La indignación, con ser com-
prensible, sería de muy escasos vuelos si sólo aspirásemos a
satisfacer los apetitos generados por la sociedad de consumo.

VIII

EL FEMINISMO NECESARIO

La mujer, esa soñadora práctica

Wassyla Tamzali

La mujer, como ciudadana de pleno derecho, ya desde Grecia y Roma donde surge el concepto de ciudadanía, ha estado invisible, ausente. Lo que hemos percibido ha sido la *presencia de su ausencia*.

La mujer no se integraba entonces con los mismos derechos y capacidades que los varones, y su función primordial era la reproducción. El embarazo, la crianza, el alimento, la fabricación de los tejidos, el mantenimiento del fuego y de las tradiciones, eran sus asignaciones, ligadas a su “naturaleza de madre”. Su existencia discurría en el ámbito privado, cerrado e interior. Un ámbito secundario, desde el punto de vista político y urbano. Los lugares que tenía asignados, además de la casa, eran el mercado, las fuentes o los lavaderos. Espacios donde se relacionaba con sus iguales, para realizar trabajos -prolongación de su función doméstica- y donde se le permitía

compartir noticias y sentimientos. Sólo las mujeres públicas, accedían a otros lugares prohibidos. El “pater familias” ostentaba el poder, siendo dueño titular de todos los bienes y poseedor del derecho de muerte y vida sobre las mujeres, los hijos y los esclavos. Si él faltaba, la autoridad pasaba al familiar varón más cercano, necesario para realizar cualquier transacción legal.

Han pasado siglos de silencio, de sumisión y de falta de participación en el ámbito público, muy similares a lo expuesto en el párrafo anterior. Uno tras otro. Siglos en los que la mujer ha estado sometida al yugo de una sociedad patriarcal, existente aún, dentro de la cual no hay una igualdad verdadera. Nos referimos, claro, a una igualdad de derechos y de oportunidades (y no a una igualdad biológica; es evidente que los hombres y las mujeres somos diferentes). Muchas naciones civilizadas se vanaglorian de haber conseguido esta igualdad -y en eso se han esforzado enormemente las mujeres-, pero en la práctica no ocurre exactamente así. Siguen existiendo menores sueldos para un mismo trabajo, menores posibilidades y discriminaciones laborales, e incluso, el famoso “techo de cristal” que les impide, salvo excepciones, escalar puestos de responsabilidad. Por no hablar de la doble jornada, que las mujeres en su revolución profesional y personal no han conseguido eludir al no haberse involucrado sus compañeros en el reparto de las tareas domésticas y en el cuidado de los hijos. Muchos avances se han realizado, pero mucho camino queda aún por recorrer.

Existen todavía multitud de países donde las mujeres siguen controladas por una legislación ligada a las tradiciones más retrógradas y medievales. Con unas leyes, escritas o no, que las incapacitan para conducir, trabajar, vestirse o arreglarse de una manera determinada, participar en la colectivi-

dad o en la política, caminar solas por la calle, estudiar o hacerlo con personas del sexo opuesto o votar, entre otras cosas. Aberraciones tales como la mutilación genital (ablación de clítoris) o la comprobación de la virginidad, son prácticas obligatorias para que puedan contraer matrimonio -en ocasiones acordado por sus familias-, en muchas naciones de África, así como en sociedades islámicas o algunas etnias de origen gitano.

Se suele decir que para conocer el nivel de democracia y de civilización de un país hace falta saber el estatus que corresponde a las mujeres. Cuando existe a-culturalismo, subdesarrollo, capitalismo salvaje o autoritarismo, sabemos que las protagonistas de esta historia están alienadas y oprimidas.

Todo lo dicho, aliñado con la lacra cotidiana (tanto en nuestro país como fuera de él) de la violencia de género que produce muertes, palizas, maltrato psíquico y físico, destroz de familias y, sobre todo, una incapacidad de que las maltratadas vuelvan a sentirse personas. Si no las matan, claro. Lo que supone una de las violaciones de los derechos humanos más habituales, soterrados e impunes de cuantos se cometen en nuestras sociedades. Y es independiente de la clase social a la que se pertenezca.

Hechos terribles y situaciones discriminatorias para todas aquellas que conforman algo más del 50% de la población mundial. Con diferentes estratagemas y falsas bases filosóficas o biológicas, se las ha ninguneado, humillado y despolitizado. Se les ha considerado seres infantiles, sin reconocerles ninguna opinión que valiera la pena ser escuchada; se les ha privado de estudiar o de acceder al conocimiento, prohibiéndoles, hasta hace muy poco, su acceso a la Universidad y -algo paradójico- se les ha situado en un pedestal sublime y de sensibilidad superior, ligada a una falsa

“feminidad”, para distracción y regocijo de muchos hombres e incluso de ellas mismas. No es que esto esté sucediendo aquí y ahora de forma generalizada. Pero ha ocurrido y sigue ocurriendo en muchos lugares del planeta más de lo que imaginamos. Y va a peor.

Por otra parte, la planificación de las mega ciudades inhumanas donde malvivimos, la construcción y desarrollo de los sistemas políticos actuales que han dado el máximo poder a los mercados, la revolución de los muy ricos, las perversas maniobras que hacen estallar guerras en el mundo, encaminadas a sacar una compensación económica a pesar de los “efectos colaterales”... todos esto ha sido llevado a cabo sin la participación -apenas- de las mujeres. Y ya va siendo hora de que contribuyan, no a todo esto, si no a la paz y a la creación de una nueva sociedad, de una forma equilibrada e igualitaria, con sus diferencias y sus contradicciones. Cuando ocurra de verdad, es muy probable que nos llevemos una gran sorpresa.

Pero hablemos ahora brevemente del feminismo. ¿Qué es este movimiento que las más jóvenes ven tan obsoleto sin entender lo mucho que le deben? ¿Qué pueden aportar las mujeres en su conjunto a una nueva sociedad?

En primer lugar, el feminismo, según la periodista Concha Fagoaga “es un movimiento de raíces ilustradas que permite a las mujeres conquistar un lugar en la ciudadanía y un acceso a la educación y al trabajo productivo.” Visto así no se entiende como ahora tiene tantos detractores, incluso dentro de círculos de mujeres profesionales y supuestamente liberadas. También lo podríamos considerar como aquella creencia o actitud íntima con la que las mujeres se pueden identificar, de forma pública o privada, que les permite rebelarse ante las dificultades o ante las injusticias sufridas -de índole laboral, fa-

miliar o social-, por el mero hecho de pertenecer al sexo al que pertenecen. Creencia que les anima a actuar en consecuencia para combatir las injusticias, eliminarlas y poder crecer con mayor libertad y seguridad.

A finales de la Primera Guerra Mundial, en los llamados felices años veinte, se desarrollan con fuerza los primeros grupos feministas que tenían la trayectoria iniciada a mediados del siglo XIX con las sufragistas (en EEUU, Inglaterra, Australia y otras partes de Europa del Norte). El Sufragio Femenino, fue un movimiento reformista social, económico y político, que promovía el derecho de voto de las mujeres y pretendía extenderlo a su acceso a la educación superior para conseguir la plena ciudadanía. En los años 70, el movimiento se concentró en la llamada liberación de la mujer y todavía hoy continua vigente con diversas ramificaciones.

El desarrollo del feminismo ha supuesto un proceso largo, difícil y -malentendido a veces- que no pretendemos ahora desgranar. Proceso que culminó en diversos lugares del planeta con modificaciones, derogaciones de leyes e implantación de otras nuevas que suponen -en teoría- una nueva igualdad política de derechos y de deberes para las mujeres. Aunque, desgraciadamente, esta igualdad no se ha extendido por todos los países. Y en los que se ha implantado, tampoco las leyes se cumplen estrictamente. En la práctica, sigue existiendo un machismo de difícil erradicación.

El tema es complejo por las dificultades que conlleva. Por una parte, por enfrentarse a una poderosa ideología patriarcal vinculada a las élites del poder que bien se han encargado de ridiculizar y de crear un ambiente general contrario al desarrollo de las mujeres como colectivo. Por otra, relacionada con lo anterior, se ha creado una reticencia dentro de la sociedad -también provocada, a nuestro entender- al asimilar el

termino “feminismo” al de “machismo”, como si fueran las dos caras de una misma moneda. Cuando no es así. El feminismo es una ideología que pretende conseguir igualdades sociales y laborales para las mujeres. En cambio, el machismo es una actitud prepotente que tienen algunos hombres, a través de un conjunto de prácticas, comportamientos o palabras, que resultan ofensivos para el género femenino. Aunque grupos feministas minoritarios hayan caído a veces en actitudes sexistas, éstas no pueden generalizarse en absoluto ni provocar confusión entre ambos términos.

No debemos olvidar tampoco que a pesar de la evidente mejora y cambio de nuestras sociedades en la consecución de metas igualitarias, la discriminación hacia las mujeres se renueva y se transforma. Cuando parece haberse superado o incluso consolidado una cierta igualdad, al menos aparente, vuelve con más fuerza. Se agazapa en zonas invisibles como pueden ser la educación o la cultura. ¿No estamos asistiendo ahora en nuestro país, por ejemplo, a una tendencia conservadora que preconiza la separación de sexos en las aulas? ¿No es otra maniobra más para dejar a la mujer aislada de ciertas disciplinas, dando por hecho que los hombres tienen más capacitación para ellas? Curiosamente y como dato, apuntamos que carreras consideradas tradicionalmente como masculinas, como son la arquitectura o la medicina, están siendo copadas por chicas estudiantes que llegan a superar la media de chicos en las aulas. Y su incorporación posterior, a ambas profesiones, está siendo muy considerada por la sociedad.

¿Qué pueden entonces aportar las mujeres a una sociedad nueva? Se ha apuntado ya que constituyen la mitad o algo más de la población mundial. Aunque solo fuera por el número de ellas, seguro que contribuirían con algo novedoso. Y así lo están demostrando, desde hace algún tiempo, en la es-

fera pública y en el ámbito de la denuncia y de la crítica. No podemos dejar de citar a las escritoras Naomi Klein, Susan George, Noreena Hertz, Susan Sontag o Arundhati Roy como impulsoras de un mundo mejor. Y por supuesto a Eleonora Roosevelt, quien tuvo un papel fundamental en la firma de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Todas ellas, feministas.

Por otra parte, que las mujeres y los hombres son diferentes, eso nadie lo puede rebatir. Las diferencias biológicas son obvias: la mujer es madre potencialmente y el hombre, no. Y este hecho fundamental, junto con los mecanismos propios de reproducción de la especie humana, otorga a cada sexo diferencias sustanciales. Las de índole intelectual o emocional, formarían un capítulo aparte y consideramos que este libro no es el lugar de entrar a diseccionarlas. Si somos iguales, mejores, peores, más inteligentes o menos, razonadores o emocionales, lineales o con un pensamiento global, prudentes o amantes del riesgo, bondadosos o egoístas, dotados para la abstracción o para lo concreto... no podríamos asegurarlo. Son territorios complejos, que casi siempre dependen de la persona, de su educación y del ambiente en que se ha desenvuelto y sería peligroso e ingenuo generalizar. Las diferencias o similitudes intelectuales o psicológicas, son casi todas ellas, culturales. Sobre este tema hay escritos e investigaciones para todos los gustos.

Lo que sí queremos dejar claro es que las mujeres han sido invisibles durante siglos y han estado demasiado tiempo en silencio. Y que poseen la energía y predisposición necesarias para contribuir a un cambio de modelo de sociedad, efectivo y real, en el que el feminismo tenga cabida. Donde se sientan partícipes y reconocidas, al colaborar como mujeres, en igualdad, junto con sus compañeros, los hombres.

Su situación es privilegiada por su relación íntima y práctica con la vida diaria, sus experiencias vitales, urgencias y cuidados, arraigados hábitos de preservación de la vida y otras potencialidades creativas de apego a la realidad que todavía hoy en día no han encontrado forma de expresarse plenamente en el ámbito de lo público. Para exponer algunos ejemplos nos podemos referir al trabajo que en muchas partes del mundo (y en zonas muy desfavorecidas), grupos de mujeres incansables realizan contra las guerras, a favor de sus propios derechos o de los de la infancia. O la continuada lucha como madres, oponiéndose a que sus hijos maten o mueran o desaparezcan. Muestras, todas ellas, de su enorme humanidad.

Como ejemplo no podemos dejar de citar a la recientemente fallecida, Wangari Maathai, fundadora del movimiento Cinturón Verde, uno de los programas africanos más importantes de protección medioambiental, gracias al cual se plantaron en Kenia 20 millones de árboles, sobre todo por mujeres.

Todo ello nos impulsa a decir que, para la construcción de una sociedad como la que deseamos, humanista, libre e igualitaria, necesitamos a las mujeres dentro del feminismo, como motor de colaboración. Estamos en contra del desprecio o del maltrato que otorga el poder de un sexo sobre el otro, sea éste el que fuere. La igualdad real en lo laboral, la simetría, dentro de las diferencias obvias y saludables, en las relaciones interpersonales y un equilibrio sano, posibilitador de intercambios afectivos e intelectuales entre las distintas personas, de distinto o igual sexo, raza, creencia, cultura o edad, son elementos que incluimos como necesarios.

IX

INSTRUMENTOS PARA UNA REVOLUCIÓN HUMANISTA

1.LA PALABRA

Si he perdido la voz en la maleza, me queda la palabra.

Paco Ibáñez

Somos animales parlantes, y se sobreentiende que la palabra nos hace y nos transforma. Si por un lado, nos confiere un inmenso poder, por el otro nos puede dejar inermes.

La transformación de la sensibilidad y la radical inversión de la escala de valores vigente no serán posibles si nos quedamos callados. La revolución de los muy ricos ha sido llevada a la práctica con dinero, pero sobre todo hablando, persuadiendo. Y hay que salirle al paso con el corazón y con la palabra. Ante ese movimiento antiilustrado, hagamos valer la razón, sin olvidar sus limitaciones. Ante sus mentiras, la *búsqueda de la verdad* se impone como una necesidad de supervivencia.

Ya sabemos que las verdades últimas se nos escapan, pero eso no quiere decir que debemos ceder la iniciativa a esos sofistas sin escrúpulos. Ya mil veces sorprendidos en nuestra buena fe, haremos bien en estar alertas, atentos a las realidades, para no ser engañados de cualquier manera. Nos toca, dicho sea de paso, cargar sobre nuestros hombros la responsabilidad de restablecer la confianza perdida en la palabra, pues a fuerza de mentiras y sofismas, ya hemos llegado al punto en que no podemos fiarnos de cualquiera y menos aun de las autoridades. Esto nos obliga a ser muy cuidadosos, a ofrecer datos debidamente contrastados y a rectificar sobre la marcha en caso de error. A la palabra artera, debemos oponer la palabra justa. Y hablar claro, poniendo punto final a la mala costumbre de tolerar que se nos de una palabra por otra. Hay que llamar a la usura por su nombre, al capitalismo salvaje también, sin hacer concesiones al mal hábito de llamarlo sencillamente “economía de mercado”. Los recortes y los ajustes son atropellos. Las estafas son estafas y los robos, robos. Hay ricos y pobres, capitalistas y proletarios y así sucesivamente.

2. RESISTENCIA ACTIVA NO VIOLENTA

No hay camino hacia la paz, la paz es el camino
M. Gandhi

El pacifismo es consustancial al Movimiento15M. Y lo es, en primer lugar, por razones de talante y por tratarse de un movimiento democrático. A ello hay que añadir que, como ya se dijo, los tiempos de la toma de la Bastilla han pasado. Como también han quedado atrás los tiempos en que las mejores esperanzas se encomendaban ingenuamente a la acción taumatúrgica de tales o cuales vanguardias o líderes.

En este sentido, por lo que se deduce de las asambleas, el 15M es un movimiento que tiene en cuenta las enseñanzas de la historia, la correlación de fuerzas dentro del propio país y en la escena internacional.

Como humanistas, somos pacifistas, y también los somos por razones prácticas o estratégicas. Ya sabemos lo que ocurre cuando se le ofrecen al poder establecido pretextos para el empleo de sus recursos represivos. Obra sobre nuestra conciencia el recuerdo no sólo de la atroz experiencia de la guerra civil, filtrado por la memoria de nuestros padres, sino también el del trágico sacrificio de la juventud latinoamericana que, en su intento de emular al Che Guevara, fue aplastada por procedimientos aterradores. El fin condiciona los medios. No hay forma de llegar a un mundo armonioso y justo por medio de la violencia.

Así pues, por razones tanto morales como prácticas, el principal instrumento para cambiar las cosas, allí donde las buenas razones no bastan, es la *resistencia activa no violenta*, el método por el cual Mohandas Gandhi consiguió expulsar a los ingleses de la India, el mismo que usó Martin Luther King para conseguir la abolición de las leyes que hacían posible la segregación racial en los Estados Unidos. Claro que para practicar este método revolucionario con eficacia en situaciones extremas, *hay que tener tanto o más valor que para empuñar las armas. Recuérdese al rebelde desconocido, aquel ciudadano chino que detuvo, el solo, a un tanque, en la plaza de Tianamen*²⁴.

El poder de la resistencia activa no violenta es inmenso, a condición de que no se desvirtúe al calor de los acontecimientos.

²⁴Se ignora su identidad y no se sabe a ciencia cierta qué fue de él. Se teme que haya sido fusilado.

tos. Su poder se debe a que *traslada la confrontación al terreno moral, donde la fuerza bruta se vuelve contra quien la emplea*. Acabamos de verificar esta verdad en los casos de Túnez y de Egipto. Hubo un momento en que tanto las fuerzas de apoyo de Ben Ali como las de Mubarak, comprendieron que no podían seguir adelante con la represión: toparon con un límite moral. Lo que no debe llamarnos a engaño sobre las dificultades. En el caso de Egipto, por ejemplo, la maquinaria represiva no se detuvo en el acto ante los ciudadanos indignados. La caída de Mubarak costó un millar de muertos, cinco mil heridos y no menos de mil desaparecidos. Lo que nos recuerda el valor que hay que tener para hacer frente, de manera pacífica, a ese tipo de aparatos.

En los años sesenta, el poeta Allen Ginsberg, dijo que, en lugar de piedras, había que lanzar flores contra los guardias. De ahí salió la expresión “flower power” que caracterizó a una parte del movimiento contestatario contrario a la guerra de Vietnam. Siempre se trata de lo mismo: de desarmar moralmente al aparato represor. Hay un amplio repertorio de medios pacíficos a nuestra disposición, desde las marchas a las acampadas, pasando por las sentadas. Desde los simpáticos, como las flores de Ginsberg, hasta las irritantes cacero-ladas. Sin olvidar los boicots a las empresas que no respetan los derechos humanos ni el cuidado de la naturaleza.

3. TEXTOS FUNDAMENTALES

Los estoicos contaron con valiosos textos de referencia, empezando por las *Máximas* de Epicteto o las *Meditaciones*, de Marco Aurelio; los cristianos, con los *Cuatro Evangelios* y con *Los Diez Mandamientos*; los ilustrados, con *El contrato social* y el *Emilio*, por ejemplo, ambos de Rousseau.

¿Cuáles son nuestros textos? ¿Adónde apuntamos, más allá de la acción puntual motivada por tal o cual circunstancia?

Creemos que, para empezar, lo mejor que podemos hacer es tomar como cuestión personal la defensa de la *Declaración Universal de los Derechos Humanos* de 1948 [véase Anexo I], que tan oportunamente nos ha recordado Stéphane Hassel, el autor de *Indignados*. Debemos exigir la estricta adecuación de los parámetros políticos y económicos al espíritu y a la letra de ese texto capital. *La revolución de los muy ricos, que nos ha robado la cosecha, ha tenido que realizarse contra lo entonces acordado y merece ser considerada una traición a la humanidad.*

La Declaración representa el mejor compendio de las aspiraciones humanas, con un valor añadido: no estamos ante el alocado sueño de una minoría. Se trata de acuerdo de sentido común redactado a la luz de los horrores que acababan de vivirse. *Hoy, en medio de la confusión, nos recuerda lo mucho que es lícito exigir del poder establecido antes de considerarlo legítimo. Y queda muy claro por dónde pasa la línea entre la civilización y la barbarie.*

En cuanto a la Declaración Universal de los Derechos de la Mujer, pensamos que queda incluida en la anterior, puesto que la que existe, escrita en 1791 por Olympe de Gouges, a pesar de ser un documento de gran importancia histórica, se queda anticuada y no refleja la condición actual de la mujer.

En la misma línea, deberíamos tener siempre a la vista un texto complementario de no menor trascendencia. Nos referimos a la *Declaración Universal de los Derechos del Niño* [véase Anexo II], pues en ella queda bien definido en qué debemos invertir el grueso del esfuerzo humano. El trato que se dispensa a la gente menuda en la actualidad representa una objeción irrefutable contra lo realizado en nombre de la revolución de los muy ricos.

En el Anexo III se recogen las propuestas del movimiento del 15M aparecidas hasta la fecha, una referencia obligada.

4. REALISMO HUMANISTA

La democracia, una lucha diaria

Movimiento 15M

Somos demócratas y, por lo tanto, reformistas. Esto nos indica el camino a seguir. Se trata de mantener nuestras demandas en el terreno de lo real-posible. Entendemos por una propuesta dentro de lo real posible la modificación de la actual Ley Electoral. Otra sería, por ejemplo, una mejora de la ley de financiación de los partidos, así como la exigencia de que se ajusten a los principios de democracia interna que les prescribe la Constitución. Otra, la imposición de la llamada tasa Tobin. En el caso de Grecia, lo primero es, sin duda, una auditoría independiente de la deuda, pues es harto probable que, como en el caso de la Ecuador, sea, en parte, lo que se entiende por una *deuda odiosa*, encima engordada.

De las lecciones del mayo del 68 francés se deduce, desde luego, que no se va a ninguna parte pidiendo lo imposible, o pidiéndolo todo a la vez. En los temas candentes más dramáticos, el realismo es fundamental, como también lo es la claridad. Gandhi tuvo éxito con su método porque apuntaba a un objetivo claro e intachable: la expulsión de los ingleses. También tuvo éxito Luther King donde otros habían fracasado, por la claridad de su mensaje contra la segregación racial.

5. ANTINEOLIBERALISMO ECONÓMICO

Ni cara A ni cara B, queremos cambiar el disco

Movimiento 15M

Ya identificado el neoliberalismo económico como el enemigo número uno de la humanidad, como una ideología moralmente despreciable, ya conscientes todos de que sólo puede agravar nuestros problemas y conducirnos a un desastre ecológico, *contra él hay que ir sin contemplaciones*. El antineoliberalismo económico es obligado, pues los ideales humanistas jamás podrán concretarse mientras los miembros de esta secta sigan llevando la batuta de los asuntos humanos.

Según se desprende de los textos producidos por el movimiento de los indignados españoles, se desea una reforma en profundidad del sistema, y no su sustitución. *Por eso entendemos que en estos momentos no se trata de ir de frente contra el capitalismo en cuanto tal sino contra de su variante más perversa.*

Lo más probable es que tenga razón José Luis Sanpedro cuando afirma que el capitalismo está acabado, pero entendemos que, a falta de un modelo alternativo bien perfilado, no se considere conveniente una ruptura en toda la regla. Como entendemos también los llamamientos que, desde dentro del sistema, están haciendo economistas sensatos como Paul Krugman, Joseph Stiglitz o Nouriel Roubini a favor de una reforma encaminada a corregir sus excesos.

Si es cierto que, en los años treinta, con su New Deal, el presidente Roosevelt salvó al capitalismo, es evidente que, como mínimo, haría falta un nuevo Roosevelt. No sabemos si saldrá de las filas de los indignados que pueda haber en las

entretelas del sistema. Sólo sabemos que la misión de salvar al capitalismo no nos compete a nosotros, sino a los propios capitalistas, y se comprenderá que, visto lo visto, no nos hagamos demasiadas ilusiones. Que el presidente Obama se entregase de pies y manos a los mismos individuos que causaron la crisis no fue una sorpresa, aunque quepa ver en ello el penúltimo aviso sobre lo que cabe esperar.

Lo único que está claro estas alturas es que rechazamos de plano el capitalismo salvaje y que no se nos puede pedir que nos fiemos de un presunto capitalismo con rostro humano. Ver para creer.

Ahora bien, si de lo que se trata es de no dar saltos al vacío, no hay ninguna dificultad a la hora de establecer cuál es la doctrina de los indignados. *Está claro que nos movemos en las coordenadas de la socialdemocracia.* No tenemos necesidad de inventar nada. Lo único que tenemos que hacer es limpiar el concepto de la basura que le han echado encima los predicadores neoliberales con la ayuda de varias generaciones de socialdemócratas de pacotilla, todos ellos más pendientes de satisfacer a los muy ricos que del bien común. Confundir a la socialdemocracia con políticos como Tony Blair sería una necesidad. Para socialdemócratas, Eduard Bernstein, Salvador Allende u Olof Palme.

¿Acaso sabe a poco la socialdemocracia? No, en nuestra opinión. Hay que recordar que desde el punto de vista teórico la socialdemocracia no obliga a renunciar al sueño de una *sociedad sin clases*, es decir, a la meta última de la revolución marxista. Sólo es preciso renunciar al método revolucionario, en la seguridad de que dicha meta se podrá alcanzar gradualmente, con un apoyo social creciente, de manera no traumática. Alguien saltará, diciéndonos: nos estáis proponiendo un planteamiento de izquierdas.

Por supuesto que sí, lo que no quiere decir que sólo se pueda dar desde la izquierda una respuesta contundente al neoliberalismo. Quienes estén indignados y no tengan una sensibilidad izquierdista y que, sin embargo, se sientan humanistas y dispuestos a oponerse al neoliberalismo, encontrarán suficientes argumentos para salirle al paso en la olvidada *doctrina social de la Iglesia*, en la que se incluye la explícita condena del capitalismo salvaje pronunciada por el papa Juan Pablo II. Y también, desde luego, encontrarán buenos argumentos en la escuela de Keynes y de Bedveridge. Y por supuesto en las páginas de los social-liberales, una especie especialmente odiada por la secta neoliberal. Por lo visto, es mejor no recordar que, entre los liberales decimonónicos, algunos hubo que, como Thomas Hill Green, Bernard Bosanquet y Leonard Trelawny Hobhouse, entendieron que había que poner límites al capitalismo salvaje, y esto en vista de los sufrimientos causados. Quienes se sienten incómodos con el propósito último de la socialdemocracia -una sociedad sin clases- harán bien en rescatar del olvido a estos social-liberales y a sus continuadores.

6. LA ACCIÓN POLÍTICA

Que nuestras conversaciones aboguen las sirenas

Movimiento 15M

Lo llaman Democracia y no lo es...

Movimiento 15M

Vivimos en una democracia y contamos con formas pre-establecidas de participar en la esfera política. Debemos valerlos de ellas, como está convenido, única manera de avanzar hacia nuestros objetivos y de contribuir al perfeccio-

namiento del sistema. Si nuestros representantes políticos nos han burlado, tendremos que elegir otros.

Todo indica que entre las tareas que nos competen figura la de encauzar las distintas modalidades de indignación, de manera que no se vuelvan contra la democracia. Esta es un misión importantísima, y de hecho *en esa línea se está yendo ya*, al demandar una reforma de la ley electoral o reclamar un referéndum sobre la reforma de la Constitución. Son temas fundamentales desde la óptica de la salud democrática. Con estas exigencias concretas, el Movimiento 15M está haciendo, ni se dude, *un gran servicio a la democracia*.

Y no va a ser fácil cuidarla debidamente, por la poquedad democrática de buena parte de nuestros representantes políticos y por la tremenda indignación que nos causan. Los dos problemas, uno encima del otro, podrían conjugarse de muy mala manera.

En las actuales circunstancias, se comprende que mucha gente hable pestes de los políticos y que estos se encuentren entre las figuras que menos confianza inspiran, a juzgar por los informes del CIS. Y se comprende también que, por momentos, la indignación en las calles haya tomado un sesgo antipolítico. En este punto hay que tener mucho cuidado, para impedir una deriva peligrosa.

La experiencia enseña que el desprecio por la política conduce en línea recta a una dictadura. Por lo tanto, no sería sensato alimentar ese desprecio. Hay que participar, no sólo mediante manifestaciones, sino también con los medios que ofrece el sistema. Es lo mejor para la democracia, y la única manera de no caer en la marginalidad. Pero, ¿cómo proceder? En una primera fase, el Movimiento 15M, puede y debe utilizar todos los mecanismos de participación existentes, en la línea de lo que ya se está haciendo.

Pero ya es tiempo de estudiar las opciones que nos han salido al paso con motivo de las elecciones municipales y autonómicas. ¿Se debe crear un partido de nueva planta? ¿Es preferible optar por ofrecer un *apoyo condicional* a partidos ya existentes? La decisión surgirá de las deliberaciones del Movimiento 15M. De momento, sólo está claro que no es conveniente darle la espalda a la política partidaria y pretender, al mismo tiempo, que surja una democracia real. Esta democracia hay que conseguirla, operando desde la calle y desde el interior del sistema.

Admitida la necesidad de participar en la política por medios convencionales, apoyando condicionalmente a alguno de los partidos existentes o creando uno nuevo, *se plantea también la necesidad de tomar posiciones dentro del espacio político*. ¿Estamos preparados para ello? Hemos oído decir que ni PSOE ni PP, lo que comporta, claro es, un rechazo del bipartidismo vigente. Ambos partidos se han llegado a ganar a pulso la antipatía general. Nada que objetar. Pero también hemos oído decir que el movimiento de los indignados no es ni de derechas ni de izquierdas, lo que nos obliga a ahondar en el asunto.

La pretensión de que uno pueda copar todo el espacio político y dar satisfacción a todas las sensibilidades no es genuinamente democrática. Apunta a un régimen de partido único. Si al rechazo de los “politicastros” se suma tal pretensión, mal asunto, porque se va a parar a alguna forma de autoritarismo. Por encima de los partidos, más allá de los partidos, así se sentían Mussolini, Hitler y Franco. *Por lo tanto, hay que escoger un lugar en el espacio político y aceptar la vecindad de otras fuerzas. Esto es lo democrático.*

Los partidos hegemónicos, siguiendo los consejos de los expertos en sociología electoral, quieren cazar, como sea, a los

votantes situados en la parte central del espectro político, a los que se atribuye un papel decisivo. Al final se llega a situaciones muy curiosas. Recuérdese a Mariano Rajoy, dando seguridades al votante de izquierdas, haciéndole saber que podía votar al Partido Popular. O recuérdese a Bernard-Henri Lévy diciendo que el presidente Sarkozy es de izquierdas...Y recuérdese a los socialistas españoles haciendo una política de derechas. Estos fenómenos perversos han alimentado la creencia de que ya no tiene sentido definirse como de derechas o de izquierdas. *Se trata, ni qué decir tiene, de una creencia interesada, a la que han contribuido los publicistas de ambos bandos, los unos para que no se les vea traicionar sus ideales, los otros para que nadie vea hacia dónde apuntan.* Desde posturas posmodernas, se nos da a entender que eso de izquierdas y derechas es algo viejo. El desarme ideológico ha sido uno de los éxitos de la obra de ingeniería social que hemos denunciado en el primer capítulo, y uno de los trucos utilizados para que la gente crea que sólo los economistas tienen derecho a hacer valer sus razones. Pero no nos desviemos.

Cuando alguien se declara ni de derechas ni de izquierdas, siempre acaba en la derecha. Por algo será. A quienes somos algo mayores, eso de no ser ni de izquierdas ni de derechas nos suena especialmente mal, porque así se definían los franquistas, algunos reputándose “de izquierdas en lo social y de derechas en lo político”. Y no creemos que se pueda regenerar un sistema democrático enfermo con una confusión de identidades. Puede uno retrasar el momento de asumir una identidad, puede uno esperar a haber madurado, pero no hay forma de sustraerse a la obligación de definirse en medida suficiente. Somos personas, no partículas gaseosas.

Es cierto que, *como movimiento humanista*, el 15M no tiene necesidad alguna de tomar posiciones en el espacio político. Se supone que puede haber humanistas tanto de izquierdas como de derechas. En cambio, *como fuerza política*, está obligado a definirse, *resultando obvio que está a la izquierda*. Esta definición no ofrece lugar a dudas, por cuanto el neoliberalismo es una ideología de la derecha mundial, la ideología de la revolución de los muy ricos.

No hay más que ver cómo han reaccionado los portavoces del neoliberalismo ante el fenómeno de los indignados para que quede clara cuál es nuestra posición. En política, no sólo cuenta la definición que uno se da; también es importante, y a veces definitiva, la que a uno le imponen sus adversarios. Y en este caso, ya puestos ante la evidencia de que tenemos que vérnoslas con la revolución de los muy ricos, ¿no resulta obvio que hace falta una fuerza opuesta, de signo izquierdista, que empuje en sentido contrario, alentada por los que no somos ricos? Donde debería estar esa fuerza hay un espacio casi vacío, el espacio que nos está esperando.

Es de suponer que algunos no vean con buenos ojos la colocación del 15M en la parte izquierda del campo de juego político. Se nos dirá que estamos apelando a un planteamiento ya superado y que esta toma de posiciones comportará una pérdida de apoyos. Nosotros no lo vemos así, por lo ya dicho. Creemos además que precisamente el Movimiento 15M, está llamado revivir a la izquierda, cuya causa no ha desaparecido como por arte de magia, por la traslación hacia la derecha de la mayor parte de sus falsos representantes. Ahí están la miseria, la inseguridad, el miedo, las diferencias sociales, todo en aumento, precisamente por el desfallecimiento de la izquierda.

Bien entendido que no consideramos de lamentar que algunos indignados se vayan hacia la derecha. Al contrario. Tratándose de regenerar el sistema, a ellos les corresponderá la difícil tarea de reverdecer, de ese lado del espectro político, las razones de la doctrina social de la iglesia y del socialliberalismo. Nada más importante que restablecer el equilibrio, cosa que sólo se logrará si se ata en corto a los neoliberales y se reabre el diálogo constructivo entre la izquierda y la derecha. Por lo tanto, si el 15M se define como de izquierdas, no todo serán pérdidas. De hecho, sería estupendo que hubiera humanistas a ambos lados del espectro político, porque es la única manera de evitar una confrontación y de que el sistema se haga eco de las demandas de la gente de diversas sensibilidades, como está mandado.

7. INTERNACIONALISMO Y MULTICULTURALISMO

Como hemos visto, la revolución de los muy ricos es de alcance global, siendo muy difícil que se pueda hacer algo al respecto si los indignados del mundo no nos unimos, si los humanistas no conseguimos cambiar la escala de valores de la llamada globalización. Por eso ha empezado ya a entretenerse una red que aspira a tener un alcance planetario, con la correspondiente solidaridad.

Esta vocación internacionalista debe, a nuestro juicio, ir acompañada de una apuesta radical a favor del *multiculturalismo*. Téngase en cuenta que, desde hace años, la revolución de los muy ricos ha tenido por norma combatirlo con toda clase de argumentos, en lo que sólo cabe ver una nueva manifestación de su poderoso resorte antiilustrado. Desde *El choque de civilizaciones*, de Huntington, hasta la demonización del inmigrante, toda la artillería apunta en la misma dirección.

Se nos da entender que la causa de los últimos desórdenes en Londres o París, y los problemas de convivencia, se deben, en última instancia, a una incompatibilidad insalvable entre grupos humanos distintos, una manera de ocultar que las causas de los desmanes son de índole más prosaica, todas ellas relacionadas con la miseria y con la falta de horizontes. El racismo de ayer se ha venido a camuflar bajo formas nuevas, al tiempo que se cultiva, de forma odiosa, el miedo al diferente, mientras se apela a las ventajas de una sociedad étnicamente pura que solo existe en la imaginación de los interesados. Sobre esa fantasía reposa la crítica al mestizaje cultural, con la correspondiente negativa a lo que este fenómeno tiene de irreversible y de enriquecedor. Ningún humanista puede quedarse callado ante los intentos de volver a dividir la causa de la humanidad con la sucia intención de hacer recaer en las minorías el odio de las desconcertadas víctimas de la revolución de los muy ricos.

8. EL AMOR COMO MOTOR DE PAZ Y UNIÓN GLOBAL

Amorcracia: una sonrisa viaja más lejos
Movimiento 15M

El amor no está de moda. Lo mismo sucede con el bien, que ha sido sustituido por el mal. No hay más que ver las entradas que tienen uno y otro en el buscador de Google (las del bien, un 25% de las del mal).

Hablar del amor a la humanidad en los tiempos que corren, equivale en términos generales a que te miren con cierto recelo, piensen que te has hecho espiritualista o seguidor de alguna secta peligrosa. O que te tachen de cursi. Si encima eres mujer, tus interlocutores adoptarán ese terrible aire de

suficiencia musitando entre ellos que has perdido la cabeza. El amor a los otros ya no tiene cabida, no es un concepto “interesante”, para la sociedad del capitalismo del desastre (como la llama Naomi Klein). Lo que no quiere decir que no se practique o no haya gente bondadosa y generosa. Porque, por otra parte, el ser humano es bueno y solidario por naturaleza -tal como decían Mencio y Rousseau-, y así se demuestra en cuanto aparece alguna catástrofe o algún accidente importante. En esos momentos vemos como una gran mayoría se vuelca en ayudar a los demás.

Tampoco está de moda “el prójimo”, aquel distinto de uno, aquel al que había que amar según el mensaje cristiano: “amaos los unos a los otros” o “ama a tú prójimo como a ti mismo”, como ya se ha expuesto en este libro.

Pero ahora que “Dios ha muerto”, como escribió Dostoievski, “todo está permitido...” Y el sentimiento universal del amor -laico, si se quiere- entendido como aquello que nos hace hermanarnos con todas las personas que viven en este planeta, al menos de forma teórica, ha sido sustituido por el amor al dinero o al poder.

Dios ya no está aquí para protegernos, juzgarnos, premiarnos o castigarnos. Pero ¿no podríamos conservar aquello que llevan inculcándonos durante siglos y que tiene que ver con la compasión (sustantivo terriblemente denigrado), con el reparto equitativo de la riqueza y de los bienes (si amamos al prójimo deseáramos su bien, que es el nuestro) y por ende el de la justicia, con tratar de llevar una vida buena y amorosa, con la forma de educar a nuestros hijos, con el cuidado de las personas y por supuesto con el de nuestros mayores, con la generosidad, con la honradez, con la solidaridad, con la verdad o con el perdón? Cuestiones que hacían que a las personas se las pudieran considerar como nobles o humanitarias,

están ligadas a un sentir que lo engloba todo y que deseamos recuperar.

Los hombres y las mujeres, de un tiempo a esta parte, sobre todo en el mundo occidental, ya no distinguen el amor hacia el prójimo de la indiferencia. Por no decir del odio o de la ignorancia hacia ese “otro”, distinto de ti, de tus amigos, de tu familia o de los vecinos de tu terruño. Y así la capacidad responsable y desprendida de ceder, de respetar, de acoger o de ayudar se ha convertido en una necesidad. No digamos la de prestar dinero, ser solidario, visitar a quien se encuentra enfermo, escuchar o sentir empatía por tu compañero o amigo. El egoísmo es lo que impera. La falta de tiempo y la competitividad -que hacen del otro un enemigo en potencia- o el acostumbamiento a las excesivas desgracias que aparecen en los medios escritos o en televisión, nos hace distanciarnos y volcarnos en un ensimismamiento personal egoísta. Las cosas tampoco están ahora como ayudar a los necesitados, nos decimos.

Amar a los demás equivale en este momento a ser un poco tonto. Ahora lo llaman, peyorativamente, “buenismo”. Y el mal es más atractivo. Aprovecharse del prójimo, estafar, mentir, robar ante sus narices, carecer de escrúpulos, hacer la guerra y por ende matar, lucrarse con los bienes ajenos. Eso es lo normal, lo que hace todo el mundo. Lo hace el poder y los políticos de turno. La cultura del “pelotazo”, es un ejemplo así como otros tantos con los que cada día nos topamos -que nos son inculcados de forma nada casual-, referencian al mal con la vida. Un mal con el que ya no hay que enfrentarse sino asumirlo. Forma parte de un todo colectivo en el que estamos metidos, algo culpabilizados, también es posible.

Y más aún. Según nos bombardean los psicólogos machaconamente, hemos de amarnos a nosotros mismos por en-

cima de cualquier otra cosa, lo que lleva a un brutal egocentrismo. No decimos que no haya que quererse, ni tampoco que haya que dejarse llevar por el victimismo o por un exceso patológico de amor masoquista o hacia unos extremos perversos ¡claro que no!

Como dice Erich Fromm en su *Arte de Amar*: “El amor fraternal se basa en la experiencia de que todos somos uno. Las diferencias en talento, inteligencia, conocimiento, son despreciables en comparación con la identidad de la esencia humana común a todos los humanos. (...) El amor es la respuesta al problema de la existencia”.

Proponemos, como instrumento para el cambio, el amor fraternal entre iguales, responsablemente entendido como creación vital. Como progreso y como poder activo y positivo, sin exclusividad. Somos seres sociales y, aunque independientes, nos necesitamos unos a otros para seguir hacia delante.

El amor como forma inteligente de reconocimiento, de respeto y de aceptación de los otros y de uno mismo, como preocupación por el crecimiento y desarrollo de los que amamos, se hace necesario para la convivencia y para nuestra transformación personal y colectiva en una sociedad global nueva. Ampliándolo a una simpatía solidaria y participativa ante los problemas de nuestra sociedad y de las sociedades más remotas, ante el mundo en el que vivimos y ante el olvidado -y tantas veces torturado- reino animal.

9. EL USO CÍVICO DEL ESPACIO PÚBLICO

El lugar sólo se construye con el fluir de la vida

A. F. Alba

La arquitectura, tal como la entendemos cada día más personas y colectivos, se puede considerar como el conjunto de modificaciones introducidas en la superficie terrestre con objeto de satisfacer las necesidades humanas cotidianas.

El texto de Heidegger, *Poéticamente habita el ser humano sobre la tierra* -a partir de un poema de Hölderlin-, acaba diciendo: “el poetizar es la capacidad fundamental del habitar humano”. Esta concepción también la recoge Gaston Bachelard en su hermoso ensayo *La poética del Espacio*.

A donde queremos ir es a la indispensable conversión del espacio público de la ciudad en un lugar para que el ser humano habite. Y que pueda hacerlo poéticamente, con todas sus contradicciones.

Cuestión fundamental para rescatarlo de un urbanismo descontrolado, propio de los últimos tiempos de inconsistente bonanza económica. Un urbanismo al servicio del disfrute de unos pocos privilegiados, en el que no se ha tenido en cuenta a resto de las personas a las que va destinado. Un urbanismo de recintos vallados, de plazas duras, de centros comerciales, de división de funciones que llevan a grandes desplazamientos privados en automóvil discurriendo por las autopistas de la nada. Ciudades que fueron planificadas exclusivamente para aquel que, M^a Angeles Durán, catedrática de Sociología del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, llama “varavo”: varón, sano, activo, productivo y motorizado. Y en las que las redes de intereses económicos se han encarnado en figuras como son el dueño del suelo o el promotor, así como arquitectos y políticos que les han acompañado en su delirio, verdaderos destructores de la ciudad actual. Han conseguido desorbitados beneficios, eso sí, a cambio de una deshumanización sistematizada y un creci-

miento imparabable de las urbes, causa principal del aumento de la contaminación y del impacto medioambiental.

En 1961 Jane Jacobs, con su libro *The Death and Life of Great American Cities*, ya había alertado de las consecuencias que todo esto podía tener y adelantó que esas prácticas y la falta de civismo y de confianza, acabaría con la muerte de las ciudades americanas. En aquellos tiempos, sus palabras tuvieron un impacto limitado. Durante los siguientes 40 años nos fuimos introduciendo en la senda de la modernización impulsada por el automóvil, por la especulación y dirigida hacia un urbanismo megalítico, tanto en EEUU como en Europa y otros continentes. No interesaba más que lucrarse con este tipo de planificación.

Afortunadamente cada vez más se incorporan conceptos como el urbanismo de los afectos o la sostenibilidad afectiva (ambos impulsados por Adriana Bisquert), la planificación flexible o el urbanismo emergente. Una nueva generación de jóvenes arquitectos y arquitectas está abandonando su tradicional servicio al poder económico y a su ego particular, y se está acercando a una sociedad civil comprometida, que usa las redes sociales como altavoz de su descontento y como vehículo para la toma de iniciativas y transmisión de ideas. La ciudadanía empieza a integrar esta nueva concepción de la arquitectura y del espacio público en sus lugares comunes, como son la igualdad en lo cotidiano, las relaciones, la cultura o la reivindicación social.

Proponemos, por tanto, como instrumento para el cambio, un entendimiento poético -y por tanto lúdico y afectivo- del espacio público. Por el que podamos recibir el cobijo que necesitamos, indispensable como referencia para nuestra vida diaria. Espacio que nos albergue, donde nos sintamos bien e identificados.

Porque la verdadera arquitectura da forma al ambiente y aposenta dentro de sí a los seres que lo habitan. Y les da sentido. De nuevo surge el termino habitar ligado al del lugar que lo sustenta, como universo compartido de reconocimiento, en contra de los “no lugares”, termino acuñado por Marc Augé: aquellos espacios que nos expulsan al no sentirnos acogidos ni reconocidos en ellos (centros de ocio, aeropuertos, centros comerciales con falsas calles y plazas...)

Entendemos, en definitiva, el espacio público de la ciudad como *un lugar para el encuentro y la participación*. Como un bien público por definición, lo que significa que pertenece a toda ciudadanía que puede hacer uso de él sin exclusiones. Con el respeto debido, eso sí, a las demás personas y al medio ambiente.

Un lugar que forme parte de nuestra conciencia colectiva y que nos sea necesario, no sólo para desplazarnos de un sitio a otro, sino para relacionarnos con los demás y con nosotros mismos de una manera libre. El espacio público, entonces, se puede considerar como un espacio democrático y político, cuyo protagonista es ese ser (nosotros) al que llamamos ciudadano.

Para que así sea, es necesario repensarlo, reinventarlo y humanizarlo, involucrando a los habitantes de manera colaborativa. Utilizando las nuevas tecnologías y las redes como plataformas sociales, con una planificación que vaya desde abajo a arriba (y no al revés), que sea flexible, ágil y, sobre todo, transparente. Educando, asimismo, en el espacio a la infancia para que el concepto de ciudad asimilado como la “casa de todos”, se integre y se extienda.

10. EL DECRECIMIENTO

El crecimiento infinito es incompatible con un planeta finito.

Serge Laotuche

Existe una nueva perspectiva de cambio para el sistema en el que vivimos que, a pesar de ser lenta de poner en práctica, muchos la suscribimos. Se llama *La Teoría del Decrecimiento*.

Inicialmente se inspiró en algunas ideas del humanista Ivan Illich, que apostaba por una sociedad convivencial, en la que se viviría sólo con lo verdaderamente necesario. Más tarde, intelectuales como Serge Laotuche o Georgescu-Roegen, han dado forma a esta teoría que se basa en la limitación del crecimiento económico y en defender que la felicidad del ser humano no se encuentra ni en el crecimiento ni en el consumismo descontrolado.

En nuestro país la conocemos gracias al profesor Carlos Taibo, a quien debemos nuevos aportes y su difusión generalizada. Está también relacionada con la vida sencilla que preconizaba Gandhi -entre otros- contraria a un desarrollismo excesivo

Queda muy bien explicada por Iván Illich con el famoso ejemplo del caracol: “El caracol construye la delicada arquitectura de su concha añadiendo una tras otra las espiras cada vez más amplias; después cesa bruscamente y comienza a enroscarse esta vez en decrecimiento, ya que una sola espira más daría a la concha una dimensión dieciséis veces más grande, lo que en lugar de contribuir al bienestar del animal, lo sobrecargaría. Y desde entonces, cualquier aumento de su productividad serviría sólo para paliar las dificultades creadas por

esta ampliación de la concha, fuera de los límites fijados por su finalidad. Pasado el punto límite de la ampliación de las espiras, los problemas del sobre crecimiento se multiplican en progresión geométrica, mientras que la capacidad biológica del caracol sólo puede, en el mejor de los casos, seguir una progresión aritmética".

El decrecimiento propugna la necesidad de acostumbrarnos a vivir con menos, a disfrutar de las pequeñas cosas y a cambiar de actitud en nuestra forma de vivir. Una forma austera, lejos del despilfarro, en contacto con los otros y con la naturaleza, intercambiando conocimientos y prácticas, como apoyo solidario entre las diferentes personas que tienen distintas habilidades y desean compartirlas

A un nivel práctico habría que reorganizar la sociedad, democrática y progresivamente, sin perder de vista el frágil equilibrio social. Reducir poco a poco ciertas actividades productivas (industrias militares, automovilísticas, o de la construcción incontrolada) y sustituirlas por otras medioambientales o sociales (educativas, sanitarias, de ocio, equipamientos). La jornada laboral se reduciría igual que los salarios, repartiéndose el trabajo, pero nunca a mayor beneficio de las empresas.

Trabajar menos, producir menos, mejorar los servicios sociales comunitarios, tener el entorno más limpio, tener más tiempo, más educación, más curiosidad, más conocimientos, más salud, mayor bienestar... y más cuidado en el mantenimiento del planeta. Este es nuestro camino. Por otra parte la alternativa está clara: decrecimiento o colapso.

11. LAS NUEVAS TECNOLOGÍAS E INTERNET

Formamos parte de un espacio global de multiplicidades conectadas
Ecosistema Urbano

Tender y tejer redes de apoyo mutuo y de solidaridad no es algo nuevo. Tampoco lo es contar historias, conocer o aprender, escuchar, informar sobre lo que está ocurriendo o crear vínculos entre personas afines. A lo largo de la historia se han ido encontrado espacios y tiempos para entretrejer estas actividades y muchas más. Actividades necesarias para que los seres humanos puedan vivir y convivir. Espacios y tiempos para el encuentro, la fiesta o el debate. Para lograr acuerdos o librar batallas que permitan a la sociedad avanzar y transformarse.

Los espacios públicos han sido escenarios donde han ocurrido algunas de estas actividades mencionadas; lugares para el cambio y para la relación cotidiana. Aunque en los últimos tiempos se han convertido, en parte, en escenarios para la incertidumbre.

Las nuevas tecnologías y el uso de Internet han creado otro tipo de espacios y de tiempos que llamamos virtuales. Son intangibles, pero existen. Son las ciudades invisibles del siglo XXI (parafraseando a Ítalo Calvino) donde habita una ciudadanía vinculada a una nueva cultura: la digital. Una cultura sin jerarquías ni clases, que se desarrolla y transforma según pasa el día. Y que ha generado una enorme diversidad de fuentes de información y de conocimiento, así como foros o plataformas interactivas que, según Juan Freire, “recuperan un viejo debate sobre un concepto tan manipulado e importante como es el de la participación ciudadana”.

Las redes sociales y los blogs, participativos y activos, vinculan a los habitantes del planeta más allá de lo local, haciéndoles partícipes de un sentimiento de pertenencia común. Nos dan alas para crear, palabras para escribir, voz para convocar, ojos para hacer guiños e imágenes para poder mostrar la realidad de lo que está ocurriendo aquí y ahora.

No podemos por menos estar más que próximos -inmersos- en las nuevas redes y tecnologías, puesto que ellas van a ser los instrumentos imprescindibles para un necesario cambio de paradigma social y global.

12. LA EDUCACIÓN

Los niños deben ser educados no para el presente

Immanuel Kant

Como bien saben los agentes de la revolución de los muy ricos, la educación es uno de los principales instrumentos del poder, y de ahí su esfuerzo por acapararla. Nos toca hacer todo lo posible por impedir que se salgan con la suya. Tanto en el plano de la educación reglada como en el plano de la educación informal, hay que oponerles una resistencia enérgica. El porvenir de la humanidad depende de que no bajemos la guardia ante las apelaciones a los genes que forman parte del discurso neoliberal, ni tampoco ante los argumentos clasistas que pretenden ocultarnos la evidencia de que, con medios suficientes, siempre es posible, para los que han empezado con mal pie, recuperar el terreno perdido.

No es tolerable que se pretenda devolvernos a las coordenadas medievales imponiendo un reparto desigual de los me-

dios disponibles para el desarrollo de las personas. No es tolerable tampoco que sean las empresas y no los ciudadanos las que tengan la última palabra sobre los contenidos de la enseñanza. No es tolerable que se deje morir la educación pública a mayor gloria de la enseñanza privada y de las escuelas de elite.

No toca relanzar el proyecto pedagógico de la Ilustración e impedir que se malogre la socialización de los refinamientos y los avances que se hicieron durante el siglo XX, cuando por fin se descubrió el potencial de la gente menuda y la asombrosa plasticidad del ser humano. La humanidad puede elevarse y progresar, a condición, claro es, de que algo tan importante como la educación no quede en las elitistas manos de sus directos enemigos.

Pensamos, por tanto, que la educación es el instrumento prioritario para crear una nueva sociedad. Sólo a través de ella podemos transformar el futuro, propiciar un conocimiento amplio (no necesariamente especializado) y favorecer el desarrollo de las personas completas. *Es básico inculcar a los niños y niñas que tengan curiosidad por la vida y amor al conocimiento.* Como dice el catedrático de Historia, Julián Casanova: “Conocimiento, respeto por las personas y ambición por ampliar los estrechos horizontes de la pequeña comunidad de vecinos, familia y amigos en la que cada uno habitamos. Esas son tres cualidades básicas de la educación. Una persona educada debe ser capaz de pensar y escribir con claridad, comunicar con precisión y pensar críticamente. Una buena educación, además, debe proporcionar una apreciación crítica de las formas en que obtenemos el conocimiento y la comprensión de la sociedad; conocimientos básicos de los métodos experimentales de las ciencias, de los logros sociales, artísticos y literarios del pasado, de las principales concepcio-

nes religiosas y filosóficas que han guiado la evolución de la humanidad.” Palabras que suscribimos.

Abogamos, pues, por una *educación obligatoria para toda la ciudadanía. Laica, gratuita, pública, universal y de calidad. Una educación mixta, en la que los niños y niñas compartan juntos las aulas, como juntos- más tarde- compartirán la vida.* En compañía con niños de clases sociales diversas así como de distintos países, etnias o religiones. Y juntos también los de distintas capacidades intelectuales. Pensamos que la diversidad y el multiculturalismo favorecen el aprendizaje y estimulan el conocimiento.

Creemos, en definitiva, que hay que propiciar y recuperar una educación ilustrada, donde se combinen las materias clásicas, las humanísticas, los idiomas, la ciencia, la ética, el arte, las manualidades, el deporte, la comunicación oral y escrita, el conocimiento y el respeto hacia el compañero, el amor a la naturaleza y al planeta y todas aquellas materias que favorezcan el desarrollo íntegro del individuo. Utilizando las herramientas tecnológicas necesarias. Aprender a pensar, a tener un entendimiento crítico, abierto y tolerante, son claves para habitar en una sociedad humanística y libre, encaminada no hacia ganar dinero, si no a potenciar las capacidades de la persona y su desarrollo en sociedad.

13. EL CUIDADO DE NUESTRO PLANETA

El cambio ecológico global puede representar nuestra última oportunidad para probar que hay vida inteligente en la Tierra

William Rees

La palabra “sostenibilidad” no se encuentra en el Diccionario de La Real Academia de la Lengua. Aunque sí está en el ambiente. Porque el medio ambiente es de lo que se trata, lo que estamos poniendo en juego. Y por tanto, el cuidado de nuestro planeta, de nuestros territorios, de nuestras ciudades, de nuestras viviendas y de las personas que en ellas habitamos, soportando el peso de los tremendos desequilibrios que, tal como hemos visto, el actual modelo de desarrollo capitalista impone. Aunque el término “sostenible” es reciente, hay ya muchas personas aportando sus investigaciones y acciones, -teóricas y prácticas,- para intentar sanar a nuestro planeta enfermo y controlar el cambio climático causado por la intervención desbocada del sistema.

A ellas nos sumamos. Por lo tanto:

- Defendemos el uso de las energías renovables y autóctonas y estamos en contra de la energía nuclear. Energía que nos han intentado vender como segura cuando no están todavía ni remotamente controlados el almacenamiento de los residuos radioactivos, ni los posibles y peligrosos escapes de radioactividad a la atmósfera causados por fallos humanos, por catástrofes naturales -como la reciente de Fukushima ya citada- o por accidentes de las centrales nucleares no previstos ni en las más cautelosas de las previsiones.

- Estamos a favor del cumplimiento obligatorio de los acuerdos internacionales de Kioto para reducir las emisiones de los seis gases de efecto invernadero que causan el calentamiento global y la pérdida de la capa de ozono.

- Somos contrarios a la deforestación de extensas zonas de bosques, por la pérdida de la biodiversidad que produce y de la fijación del CO₂. Estas operaciones generalmente se han realizado por industrias maderera (por ejemplo en la

Amazonía brasileña), por inmobiliarias y también para su re-conversión en terrenos agrícolas o ganaderos. Es decir para el lucro de unos pocos en contra del bien común de los pueblos.

- Abogamos por el diseño ecológico del hábitat humano, desde la ciudad hasta la vivienda. En la construcción, a través del uso de sistemas que ayuden pasivamente al aislamiento y, por tanto, al ahorro de energía; con la incorporación de materiales y sistemas de confort no contaminantes, naturales, reciclados y reutilizables, que produzcan el menor impacto ambiental posible. En las ciudades, reduciendo los niveles de contaminación ambiental, sonora y lumínica; impulsando medidas para extender el transporte alternativo (bicicletas, vehículos eléctricos, peatonal) y reducir el privado; propiciando el uso de energías alternativas en los edificios (a base de placas solares, por ejemplo); planificando eco-barrios multifuncionales y flexibles que fomenten el encuentro humano y acorten desplazamientos Y por supuesto, con la creación de zonas verdes, plantación de árboles y vegetación que vinculen la vida ciudadana con el medio.

- En esta necesidad de una vida más de acorde con la naturaleza, estamos a favor de mantener la biodiversidad, de proteger las especies en extinción, de cuidar y respetar a nuestros amigos los animales y a las plantas y evitar cualquier tipo de daño que se les pueda causar. En esa misma línea somos muy cautelosos con los monocultivos en determinadas partes del planeta destinados a alimentar ganado de otra zona, sustituyendo las plantaciones originales. En cambio somos proclives a toda investigación que se realice para alimentar a las zonas más desfavorecidas y menos desarrolladas.

- En la vida cotidiana, pensamos que es imprescindible un cambio de actitud individual, evitando el consumismo des-

bocado, sumándose a las campañas contrarias a productos perjudiciales para nuestra salud y la del planeta, reciclando nuestros desperdicios, reutilizando nuestros objetos e incorporando formas de vida más naturales y menos despilfarradoras, en mayor contacto con el medio. Se hace también imprescindible educar a nuestros hijos en una conciencia cívica y de respeto a la naturaleza.

Muchos gobiernos parece que están tomando nota de estas cuestiones y el termino sostenibilidad se ha puesto de moda. Pero no es oro todo lo que reluce. Aprovechando el tirón y la moda, muchos empresarios hacen su agosto, llamando ecológicas o sostenibles a empresas que no lo son para convertirlas en negocios más que lucrativos. Por eso hay que saber discriminar y estar atentos.

Entendemos, en definitiva, que es imprescindible incorporar a nuestra nueva sociedad humanista, la ecología como un compromiso ético, social y en armonía con la madre tierra en la que vivimos, tierra que tiene las cualidades suficientes para proporcionarnos cobijo. Y a la que debemos de cuidar en justa reciprocidad. Creemos posible una sociedad más saludable, menos contaminante y contaminada, menos despilfarradora, sensible a las necesidades sociales, económica y ecológicamente rentable, igualitaria y tendente a propiciar una mejora del bienestar físico y psíquico del ser humano y de la Tierra en la que habitamos, tanto para nuestra generación como para las venideras.

ANEXO I

DECLARACIÓN UNIVERSAL DE LOS DERECHOS HUMANOS (1948)

PREÁMBULO

Considerando que la libertad, la justicia y la paz en el mundo tienen por base el reconocimiento de la dignidad intrínseca y de los derechos iguales e inalienables de todos los miembros de la familia humana;

Considerando que el desconocimiento y el menosprecio de los derechos humanos han originado actos de barbarie ultrajantes para la conciencia de la humanidad, y que se ha proclamado, como la aspiración más elevada del hombre, el advenimiento de un mundo en que los seres humanos, liberados del temor y de la miseria, disfruten de la libertad de palabra y de la libertad de creencias;

Considerando esencial que los derechos humanos sean protegidos por un régimen de Derecho, a fin de que el hombre no se vea compelido al supremo recurso de la rebelión contra la tiranía y la opresión;

Considerando también esencial promover el desarrollo de relaciones amistosas entre las naciones;

Considerando que los pueblos de las Naciones Unidas han reafirmado en la Carta su fe en los derechos fundamentales del hombre, en la dignidad y el valor de la persona humana y en la igualdad de derechos de hombres y mujeres, y se han declarado resueltos a promover el progreso social y a elevar el nivel de vida dentro de un concepto más amplio de la libertad;

Considerando que los Estados Miembros se han comprometido a asegurar, en cooperación con la Organización de las Naciones Unidas, el respeto universal y efectivo a los derechos y libertades fundamentales del hombre, y

Considerando que una concepción común de estos derechos y libertades es de la mayor importancia para el pleno cumplimiento de dicho compromiso;

LA ASAMBLEA GENERAL proclama la presente DECLARACIÓN UNIVERSAL DE DERECHOS HUMANOS como ideal común por el que todos los pueblos y naciones deben esforzarse, a fin de que tanto los individuos como las instituciones, inspirándose constantemente en ella, promuevan, mediante la enseñanza y la educación, el respeto a estos derechos y libertades, y aseguren, por medidas progresivas de carácter nacional e internacional, su reconocimiento y aplicación universales y efectivos, tanto entre los pueblos de los Estados Miembros como entre los de los territorios colocados bajo su jurisdicción.

Artículo 1. Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros.

Artículo 2. Toda persona tiene todos los derechos y libertades proclamados en esta Declaración, sin distinción alguna de raza, color, sexo, idioma, religión, opinión política o de

cualquier otra índole, origen nacional o social, posición económica, nacimiento o cualquier otra condición.

Además, no se hará distinción alguna fundada en la condición política, jurídica o internacional del país o territorio de cuya jurisdicción dependa una persona, tanto si se trata de un país independiente, como de un territorio bajo administración fiduciaria, no autónomo o sometido a cualquier otra limitación de soberanía.

Artículo 3. Todo individuo tiene derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de su persona.

Artículo 4. Nadie estará sometido a esclavitud ni a servidumbre, la esclavitud y la trata de esclavos están prohibidas en todas sus formas.

Artículo 5. Nadie será sometido a torturas ni a penas o tratos crueles, inhumanos o degradantes.

Artículo 6. Todo ser humano tiene derecho, en todas partes, al reconocimiento de su personalidad jurídica.

Artículo 7. Todos son iguales ante la ley y tienen, sin distinción, derecho a igual protección de la ley. Todos tienen derecho a igual protección contra toda discriminación que infrinja esta Declaración y contra toda provocación a tal discriminación.

Artículo 8. Toda persona tiene derecho a un recurso efectivo ante los tribunales nacionales competentes, que la ampare contra actos que violen sus derechos fundamentales reconocidos por la constitución o por la ley.

Artículo 9. Nadie podrá ser arbitrariamente detenido, preso ni desterrado.

Artículo 10. Toda persona tiene derecho, en condiciones de plena igualdad, a ser oída públicamente y con justicia por un tribunal independiente e imparcial, para la determinación

de sus derechos y obligaciones o para el examen de cualquier acusación contra ella en materia penal.

Artículo 11. 1. Toda persona acusada de delito tiene derecho a que se presuma su inocencia mientras no se pruebe su culpabilidad, conforme a la ley y en juicio público en el que se le hayan asegurado todas las garantías necesarias para su defensa. 2. Nadie será condenado por actos u omisiones que en el momento de cometerse no fueron delictivos según el Derecho nacional o internacional. Tampoco se impondrá pena más grave que la aplicable en el momento de la comisión del delito.

Artículo 12. Nadie será objeto de injerencias arbitrarias en su vida privada, su familia, su domicilio o su correspondencia, ni de ataques a su honra o a su reputación. Toda persona tiene derecho a la protección de la ley contra tales injerencias o ataques.

Artículo 13. 1. Toda persona tiene derecho a circular libremente y a elegir su residencia en el territorio de un Estado. 2. Toda persona tiene derecho a salir de cualquier país, incluso del propio, y a regresar a su país.

Artículo 14. 1. En caso de persecución, toda persona tiene derecho a buscar asilo, y a disfrutar de él, en cualquier país. 2. Este derecho no podrá ser invocado contra una acción judicial realmente originada por delitos comunes o por actos opuestos a los propósitos y principios de las Naciones Unidas.

Artículo 15. 1. Toda persona tiene derecho a una nacionalidad. 2. A nadie se privará arbitrariamente de su nacionalidad ni del derecho a cambiar de nacionalidad.

Artículo 16. 1. Los hombres y las mujeres, a partir de la edad núbil, tienen derecho, sin restricción alguna por motivos

de raza, nacionalidad o religión, a casarse y fundar una familia, y disfrutarán de iguales derechos en cuanto al matrimonio, durante el matrimonio y en caso de disolución del matrimonio. 2. Sólo mediante libre y pleno consentimiento de los futuros esposos podrá contraerse el matrimonio. 3. La familia es el elemento natural y fundamental de la sociedad y tiene derecho a la protección de la sociedad y del Estado.

Artículo 17. 1. Toda persona tiene derecho a la propiedad, individual y colectivamente. 2. Nadie será privado arbitrariamente de su propiedad.

Artículo 18. Toda persona tiene derecho a la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión; este derecho incluye la libertad de cambiar de religión o de creencia, así como la libertad de manifestar su religión o su creencia, individual y colectivamente, tanto en público como en privado, por la enseñanza, la práctica, el culto y la observancia.

Artículo 19. Todo individuo tiene derecho a la libertad de opinión y de expresión; este derecho incluye el de no ser molestado a causa de sus opiniones, el de investigar y recibir informaciones y opiniones, y el de difundirlas, sin limitación de fronteras, por cualquier medio de expresión.

Artículo 20. 1. Toda persona tiene derecho a la libertad de reunión y de asociación pacíficas. 2. Nadie podrá ser obligado a pertenecer a una asociación.

Artículo 21. 1. Toda persona tiene derecho a participar en el gobierno de su país, directamente o por medio de representantes libremente escogidos. 2. Toda persona tiene el derecho de acceso, en condiciones de igualdad, a las funciones públicas de su país. 3. La voluntad del pueblo es la base de la autoridad del poder público; esta voluntad se expresará mediante elecciones auténticas que habrán de celebrarse pe-

riódicamente, por sufragio universal e igual y por voto secreto u otro procedimiento equivalente que garantice la libertad del voto.

Artículo 22. Toda persona, como miembro de la sociedad, tiene derecho a la seguridad social, y a obtener, mediante el esfuerzo nacional y la cooperación internacional, habida cuenta de la organización y los recursos de cada Estado, la satisfacción de los derechos económicos, sociales y culturales, indispensables a su dignidad y al libre desarrollo de su personalidad.

Artículo 23. 1. Toda persona tiene derecho al trabajo, a la libre elección de su trabajo, a condiciones equitativas y satisfactorias de trabajo y a la protección contra el desempleo. 2. Toda persona tiene derecho, sin discriminación alguna, a igual salario por trabajo igual. 3. Toda persona que trabaja tiene derecho a una remuneración equitativa y satisfactoria, que le asegure, así como a su familia, una existencia conforme a la dignidad humana y que será completada, en caso necesario, por cualesquiera otros medios de protección social. 4. Toda persona tiene derecho a fundar sindicatos y a sindicarse para la defensa de sus intereses.

Artículo 24. Toda persona tiene derecho al descanso, al disfrute del tiempo libre, a una limitación razonable de la duración del trabajo y a vacaciones periódicas pagadas.

Artículo 25. 1. Toda persona tiene derecho a un nivel de vida adecuado que le asegure, así como a su familia, la salud y el bienestar, y en especial la alimentación, el vestido, la vivienda, la asistencia médica y los servicios sociales necesarios; tiene asimismo derecho a los seguros en caso de desempleo, enfermedad, invalidez, viudez, vejez u otros casos de pérdida de sus medios de subsistencia por circunstancias independientes de su voluntad. 2. La maternidad y la infancia tienen

derecho a cuidados y asistencia especiales. Todos los niños, nacidos de matrimonio o fuera de matrimonio, tienen derecho a igual protección social.

Artículo 26. 1. Toda persona tiene derecho a la educación. La educación debe ser gratuita, al menos en lo concerniente a la instrucción elemental y fundamental. La instrucción elemental será obligatoria. La instrucción técnica y profesional habrá de ser generalizada; el acceso a los estudios superiores será igual para todos, en función de los méritos respectivos. 2. La educación tendrá por objeto el pleno desarrollo de la personalidad humana y el fortalecimiento del respeto a los derechos humanos y a las libertades fundamentales; favorecerá la comprensión, la tolerancia y la amistad entre todas las naciones y todos los grupos étnicos o religiosos, y promoverá el desarrollo de las actividades de las Naciones Unidas para el mantenimiento de la paz. 3. Los padres tendrán derecho preferente a escoger el tipo de educación que habrá de darse a sus hijos.

Artículo 27. 1. Toda persona tiene derecho a tomar parte libremente en la vida cultural de la comunidad, a gozar de las artes y a participar en el progreso científico y en los beneficios que de él resulten. 2. Toda persona tiene derecho a la protección de los intereses morales y materiales que le correspondan por razón de las producciones científicas, literarias o artísticas de que sea autora.

Artículo 28. Toda persona tiene derecho a que se establezca un orden social e internacional en el que los derechos y libertades proclamados en esta Declaración se hagan plenamente efectivos.

Artículo 29. 1. Toda persona tiene deberes respecto a la comunidad, puesto que sólo en ella puede desarrollar libre y plenamente su personalidad. 2. En el ejercicio de sus derechos

y en el disfrute de sus libertades, toda persona estará solamente sujeta a las limitaciones establecidas por la ley con el único fin de asegurar el reconocimiento y el respeto de los derechos y libertades de los demás, y de satisfacer las justas exigencias de la moral, del orden público y del bienestar general en una sociedad democrática. 3. Estos derechos y libertades no podrán, en ningún caso, ser ejercidos en oposición a los propósitos y principios de las Naciones Unidas.

Artículo 30. Nada en esta Declaración podrá interpretarse en el sentido de que confiere derecho alguno al Estado, a un grupo o a una persona, para emprender y desarrollar actividades o realizar actos tendientes a la supresión de cualquiera de los derechos y libertades proclamados en esta Declaración.

ANEXO II

DECLARACIÓN DE LOS DERECHOS DEL NIÑO PROCLAMADA POR LA ASAMBLEA GENERAL EN SU RESOLUCIÓN 1386 (XIV), DE 20 DE NOVIEMBRE DE 1959

PREÁMBULO

Considerando que los pueblos de las Naciones Unidas han reafirmado en la Carta su fe en los derechos fundamentales del hombre y en la dignidad y el valor de la persona humana, y su determinación de promover el progreso social y elevar el nivel de vida dentro de un concepto más amplio de la libertad,

Considerando que las Naciones Unidas han proclamado en la Declaración Universal de Derechos Humanos que toda persona tiene todos los derechos y libertades enunciados en ella, sin distinción alguna de raza, color, sexo, idioma, opinión política o de cualquiera otra índole, origen nacional o social, posición económica, nacimiento o cualquier otra condición,

Considerando que el niño, por su falta de madurez física y mental, necesita protección y cuidado especiales, incluso la debida protección legal, tanto antes como después del nacimiento,

Considerando que la necesidad de esa protección especial ha sido enunciada en la Declaración de Ginebra de 1924 sobre los Derechos del Niño y reconocida en la Declaración Universal de Derechos Humanos y en los convenios constitutivos de los organismos especializados y de las organizaciones internacionales que se interesan en el bienestar del niño,

Considerando que la humanidad debe al niño lo mejor que puede darle,

La Asamblea General,

proclama la presente Declaración de los Derechos del Niño a fin de que éste pueda tener una infancia feliz y gozar, en su propio bien y en bien de la sociedad, de los derechos y libertades que en ella se enuncian e insta a los padres, a los hombres y mujeres individualmente y a las organizaciones particulares, autoridades locales y gobiernos nacionales a que reconozcan esos derechos y luchen por su observancia con medidas legislativas y de otra índole adoptadas progresivamente en conformidad con los siguientes principios:

Principio 1. El niño disfrutará de todos los derechos enunciados en esta Declaración. Estos derechos serán reconocidos a todos los niños sin excepción alguna ni distinción o discriminación por motivos de raza, color, sexo, idioma, religión, opiniones políticas o de otra índole, origen nacional o social, posición económica, nacimiento u otra condición, ya sea del propio niño o de su familia.

Principio 2. El niño gozará de una protección especial y dispondrá de oportunidades y servicios, dispensado todo ello por la ley y por otros medios, para que pueda desarrollarse física, mental, moral, espiritual y socialmente en forma saludable y normal, así como en condiciones de libertad y dignidad.

Al promulgar leyes con este fin, la consideración fundamental a que se atenderá será el interés superior del niño.

Principio 3. El niño tiene derecho desde su nacimiento a un nombre y a una nacionalidad.

Principio 4. El niño debe gozar de los beneficios de la seguridad social. Tendrá derecho a crecer y desarrollarse en buena salud; con este fin deberán proporcionarse, tanto a él como a su madre, cuidados especiales, incluso atención prenatal y postnatal. El niño tendrá derecho a disfrutar de alimentación, vivienda, recreo y servicios médicos adecuados.

Principio 5. El niño física o mentalmente impedido o que sufra algún impedimento social debe recibir el tratamiento, la educación y el cuidado especiales que requiere su caso particular.

Principio 6. El niño, para el pleno y armonioso desarrollo de su personalidad, necesita amor y comprensión. Siempre que sea posible, deberá crecer al amparo y bajo la responsabilidad de sus padres y, en todo caso, en un ambiente de afecto y de seguridad moral y material; salvo circunstancias excepcionales, no deberá separarse al niño de corta edad de su madre. La sociedad y las autoridades públicas tendrán la obligación de cuidar especialmente a los niños sin familia o que carezcan de medios adecuados de subsistencia. Para el mantenimiento de los hijos de familias numerosas conviene conceder subsidios estatales o de otra índole.

Principio 7. El niño tiene derecho a recibir educación, que será gratuita y obligatoria por lo menos en las etapas elementales. Se le dará una educación que favorezca su cultura

general y le permita, en condiciones de igualdad de oportunidades, desarrollar sus aptitudes y su juicio individual, su sentido de responsabilidad moral y social, y llegar a ser un miembro útil de la sociedad.

El interés superior del niño debe ser el principio rector de quienes tienen la responsabilidad de su educación y orientación; dicha responsabilidad incumbe, en primer término, a sus padres.

El niño debe disfrutar plenamente de juegos y recreaciones, los cuales deben estar orientados hacia los fines perseguidos por la educación; la sociedad y las autoridades públicas se esforzarán por promover el goce de este derecho.

Principio 8. El niño debe, en todas las circunstancias, figurar entre los primeros que reciban protección y socorro.

Principio 9. El niño debe ser protegido contra toda forma de abandono, crueldad y explotación. No será objeto de ningún tipo de trata.

No deberá permitirse al niño trabajar antes de una edad mínima adecuada; en ningún caso se le dedicará ni se le permitirá que se dedique a ocupación o empleo alguno que pueda perjudicar su salud o su educación o impedir su desarrollo físico, mental o moral.

Principio 10. El niño debe ser protegido contra las prácticas que puedan fomentar la discriminación racial, religiosa o de cualquier otra índole. Debe ser educado en un espíritu de comprensión, tolerancia, amistad entre los pueblos, paz y fraternidad universal, y con plena conciencia de que debe consagrar sus energías y aptitudes al servicio de sus semejantes.

ANEXO III

PROPUESTAS DEL 15M DEL 20 DE MAYO DE 2011 EN ACAMPADA SOL

Como resultado del consenso alcanzado durante la Asamblea celebrada el día 20 de mayo de 2011 en ACAMPADA SOL, y como resultado de la recopilación y síntesis de las miles de propuestas recibidas a lo largo de estos días, se ha elaborado una primera relación de propuestas. Recordamos que la Asamblea es un proceso abierto y colaborativo. Esta lista no debe entenderse como cerrada.

1. Cambio de la Ley Electoral para que las listas sean abiertas y con circunscripción única. La obtención de escaños debe ser proporcional al número de votos.

2. Atención a los derechos básicos y fundamentales recogidos en la Constitución como son:

- Derecho a una vivienda digna, articulando una reforma de la Ley Hipotecaria para que la entrega de la vivienda en caso de impago cancele la deuda.

- Sanidad pública, gratuita y universal.

- Libre circulación de personas y refuerzo de una educación pública y laica.

3. Abolición de las leyes y medidas discriminatorias e injustas como son la Ley del Plan Bolonia y el Espacio Europeo de Educación Superior, la Ley de Extranjería y la conocida como Ley Sinde.

4. Reforma fiscal favorable para las rentas más bajas, una reforma de los impuestos de patrimonio y sucesiones. Implantación de la Tasa Tobin, la cual grava las transferencias financieras internacionales y supresión de los paraísos fiscales.

5. Reforma de las condiciones laborales de la clase política para que se abolan sus sueldos vitalicios. Que los programas y las propuestas políticas tengan carácter vinculante.

6. Rechazo y condena de la corrupción. Que sea obligatorio por la Ley Electoral presentar unas listas limpias y libres de imputados o condenados por corrupción.

7. Medidas plurales con respecto a la banca y los mercados financieros en cumplimiento del artículo 128 de la Constitución, que determina que “toda la riqueza del país en sus diferentes formas y sea cual fuere su titularidad está subordinada al interés general”. Reducción del poder del FMI y del BCE. Nacionalización inmediata de todas aquellas entidades bancarias que hayan tenido que ser rescatadas por el Estado. Endurecimiento de los controles sobre entidades y operaciones financieras para evitar posibles abusos en cualquiera de sus formas.

8. Desvinculación verdadera entre la Iglesia y el Estado, como establece el artículo 16 de la Constitución.

9. Democracia participativa y directa en la que la ciudadanía tome parte activa. Acceso popular a los medios de comunicación, que deberán ser éticos y veraces.

10. Verdadera regularización de las condiciones laborales y que se vigile su cumplimiento por parte de los poderes del Estado.

11. Cierre de todas las centrales nucleares y la promoción de energías renovables y gratuitas.

12. Recuperación de las empresas públicas privatizadas.

13. Efectiva separación de poderes ejecutivo, legislativo y judicial.

14. Reducción del gasto militar, cierre inmediato de las fábricas de armas y un mayor control de las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado. Como movimiento pacifista creemos en el “No a la guerra”.

15. Recuperación de la Memoria Histórica y de los principios fundadores de la lucha por la Democracia en nuestro Estado.

16. Total transparencia de las cuentas y de la financiación de los partidos políticos como medida de contención de la corrupción política.